

PQ
8097
B36
P3
1923
mn

UNIV. OF ARIZONA

863.67 B27pa 1923

Barrios, Eduardo/Paginas de un pobre dia

mn



3 9001 03978 5756

COLECCION WILLARAY

E DUARDO B ARRIOS

P ÁGINAS DE UN

P OBRE D IABLO



N A S C I M E N T O

*PÁGINAS DE UN
POBRE DIABLO*

SEGUNDA EDICIÓN

TERCER MILLAR



COLECCIÓN MILLARAY



BRAS DEL AUTOR

DEL NATURAL ::

MERCADERES EN EL TEMPLO

POR EL DECORO :: LO QUE

NIEGA LA VIDA :: EL NIÑO QUE

ENLOQUECIO DE AMOR :: VIVIR

:: UN PERDIDO :: EL HERMANO

ASNO :: PÁGINAS DE UN

POBRE DIABLO.

Eduardo Barrios

PÁGINAS
DE UN
pobre
diablo
Novelescas



NASCIMENTO
SANTIAGO-1923-

ES PROPIEDAD



Imp. de la Editorial Nascimento. Arturo Prat 1430.—Santiago.

PÁGINAS DE UN POBRE DIABLO

147690

¡En fin! Hay que ser hombre y dominar el miedo. Sin comer— o poco menos—desde hace ya siete meses, y rodando por ahí, mendigo vergonzante, deprimido, en plena cacoquimia, ¿acaso un muchacho infeliz y solo como yo, que ha debido cortar por indigencia sus estudios de castellano en el Pedagógico, tiene derecho a mimar un corazón asustadizo de mujercita, unas piernas prontas a doblarse por la menor impresión y una debilidad de sentidos que permite asquearse y gemir ante cuatro ataúdes, cuatro coronas feas y cuatro paños mortuorios?

No, Adolfo. La ley del hambre, ¡qué diablos!, bien la conoces. Adelante. Con el hábito, acabarán los sustos y la repugnancia. Sé fuerte, sé hombre, vamos, ¡todo un hombre!

Y lo seré. Ya lo creo.

Sin embargo, cuando entré a la calle San Diego, en la mano el recorte del periódico, buscando el número indicado por el anuncio, y vi que se solicitaba el empleado para uno de esos huecos oscuros, espantosos, llenos de negra tapicería, cintas moradas, cirios y ataúdes en filas sordas y compactas,... para trabajar en una de esas calofriantes sastre-rías de la muerte, ante cuyas vidrieras jamás pasa el hombre sin volver con horror la cara, temblé. Sentí un golpazo en el pecho, detenérseme la sangre, agarrotárseme el cerebro, y me paré en seco. Un ápice menos de miseria, y regreso atrás.

Pero tal vez porque no pude moverme y no porque reflexionara en mis angustias, mis ojos se quedaron leyendo la plancha de mármol: CASA DE POMPAS FÚNEBRES «LA

PAZ»; se cercioraron, estúpidos. Y... no sé cómo... en un actuar de sonámbulo, deslizado en la fatalidad de las situaciones que se prolongan demasiado y apagan la presteza defensiva del instinto, fuí reanudando el avance...

Eran mis piernas, más bien, ellas solas, quienes avanzaban. Yo iba sobre ellas, como va el niño perdido y medroso en las tinieblas.

Sólo dos pasos, y la mano, con el anuncio empuñado, empujó la mamparilla.

Estaba dentro. Oculté rápido el recorte, muestra delatora de la pobreza, cuyo sólo indicio todos deseamos esconder a la mirada ajena. Me repuse en un esfuerzo y, erguido, penetré hasta el fondo.

Pues bien, ya éramos tres los interesados. Lo de siempre. Ya dos aguardaban al dueño. No comprendo cómo sucede siempre igual. Y hoy, menós que nunca: el anuncio aparecía por primera vez; y a fin de que nadie se me anticipara y no sufrir la sorpresa de todas las ocasiones anteriores, me ha-

llé a las siete en la tienda. No obstante, ¡había dos tipos ahí! Es asombroso. Pero no deja de ocurrir. He solido llegar a donde el empleo se ofrecía, aun antes de abrirse las puertas; y alguien se paseaba ya por la acera.

Hoy no me causó molestia la observación; me distrajo, puso en actividad mi inteligencia. Quise valirme del contratiempo, irritarme artificiosamente y dar vuelta la espalda. No lo hice. Estaba repartido el naípe y acaso me ganaran hoy también la partida.

Además, reflexioné. La última semana, apenas si había comido. En casa de esos pobres, me venían significando muy a las claras la imposibilidad de seguirme prestando aquel rincón y aquel camastro para dormir. Por último, mi tía, mi desvalida solterona distante, único pariente vivo ya, el solo ser capaz de socorrerme, habíame respondido confesándome «al cabo y muy a su pesar» su ya insostenible situación. «He tenido que vender mi piano, niño, ¡figúrate!— me escribía—mi vejestorio de piano, pero así y todo

mi postrer consuelo en la soledad y las privaciones». Y tornó a estrujarme el corazón la pena enternecida de cuando recibí la carta.

Había que esperar al dueño, pues. Y esperé.

Intenté pasearme. No quedaba lugar. Los ataúdes estorbaban el paso. Recubiertos por mantos opacos, formaban un pueblo de calles estrechas en todo el almacén; subían por las paredes, metidos en la estantería como en los nichos de un mausoleo. Bajé la vista, abatida sobre mis manos.

Luego me puse a observar a mis rivales. Los tres nos estudiábamos. Hacíamos como si no nos diésemos cuenta el uno del otro, cual si ni sospechásemos el objeto de nuestra presencia allí. Nos medíamos, a hurtadillas. Mirábamos francamente a uno sólo cuando le sorprendíamos de espaldas y el tercero tampoco podía vernos. Por su aspecto, calculábamos sus probabilidades. Yo, apocado a fracasos, los encontré mejores que yo.

De pronto, sin embargo, tuve la intuición de ser preferido: yo vestía de negro. Gran factor para servir en una funeraria, sin duda. La repulsión hacia esas cosas tétricas veníame haciendo anhelar, por única excepción en mi vida, que me derrotasen; y bien, cabalmente ahora, el destino quería sonreírme.

Y se salió con la suya.

Apareció el dueño.

—¡Ah! Ustedes vienen por...

—Sí, señor.

—Sí, señor.

—Sí, s'...

Nos acercamos los tres a un tiempo.

Él nos examinó de una sola ojeada, veloz y completa. Y desde ese instante se dirigió únicamente a mí. Trataban los otros de replicarle, para llamar hacia ellos las miradas y las palabras. Pero él se sabía desentender a maravilla y continuar sólo conmigo.

—Pues... el empleo es con cama adentro. Se duerme aquí, porque se atiende al público a toda hora de la noche. Nos turnamos.

Una noche velo yo y otra el empleado. ¿Podría usted traer su cama hoy mismo?

—No tengo cama, por el momento... No está en mi poder—murmuré, más bien me defendí.

Los otros dos, triunfantes, irrumpieron a una:

—Yo tengo.

—Yo tengo.

—Este joven, en cambio—dijo el dueño—viste de luto. Me agrada. Sí, usted me gusta. Hasta su cara, suave, sus ojos afligidos... Muy en carácter, muy en carácter...

Miedo, miedo y hambre: he ahí mis ojos, he ahí mi suavidad.

Los dos aspirantes giraron entonces sobre sus talones y salieron unidos. Les oí mascullar: «El caballerito elegante...» Y sonreí. Recordé a mi difunto tío Eusebio. Cuando, en lo peor de su ruina, lo encontré un amigo en la calle y, al verlo de chaqué, lo felicitó por su lujo y su elegancia, aquel hombre de humor le repuso: «Esto no es nada todavía. Pronto me verás de frac»...

Así vestía yo mi terno de etiqueta, el último sobreviviente.

—Usted dirá—proseguía en tanto el dueño—Doscientos pesos de sueldo, y casa, y también comida, si le parece. Se la daríamos aquí por sólo cincuenta pesos al mes.

Vacilé aún. Pero ¿no había tenido el sentimiento de ser elegido? Estas certezas anticipadas predisponen, son como el engendro de la aceptación.

Opuse, a pesar de todo, una dificultad aún:

—Me tendría usted que adelantar el valor de la cama, que está...

—¿Empeñada? Comprendo. Bien. Le adelanto lo necesario. Véngase hoy, eso sí. Tenemos epidemia, usted sabe, gripe... Hay trabajo.

No quedaba defensa. Ingresé a la casa.

Y heme aquí. No velaré hasta mañana. Como primera noche, esta será de acomodarme y acostumbrar los nervios un poco a este derredor abominable. Velará él, don Milton. Se llama don Milton López. Vive con

su mujer aquí mismo. Tras los anaqueles del fondo, una puerta conduce al patio taller. Y las habitaciones siguen hacia el interior.

He tendido mi cama en este altillo con baranda—mi dormitorio—armado a la entrada del almacén, casi sobre la puerta de calle. Tengo además una mesa pequeña, donde escribo mientras llega el sueño, y para distraer las visiones desagradables que me rodean.

El día fué de emociones. Pero no digo más por hoy. Estoy rendido. Ahora, me acostaré, me taparé la cabeza. Las frazadas me aislarán de este ambiente espantable.

Y como voy a reunirme con mi cama, después de tanto tiempo...



Dormí bastante mal. He pasado la noche en un trance indeciso, al cual se mezclaban los ruidos de abajo, los ecos del negocio, que adquirirían figuración en mis sueños. Llegaba gente a cada rato, para encargarse un funeral. Y me ha sorprendido así el día. Además... No, no quiero insistir en las sensaciones de este antro durante la noche. Sería entregarse a ellas, y obsesionarse, y caer tal vez en una excitación enferma.

Ahora, en la mañana, al menos entra el sol en la tienda. Se abren las mamparas, se barre, y entra el sol. Sin embargo, el sol

dentro de este recinto palidece con la tristeza de las lámparas encendidas en el día.

Pero hay movimiento, siquiera. Se oye aserrar y cepillar maderas en el taller. Conversan algún cochero y algún paje de carroza, indiferentes, despreocupados, ¡tan poderosos de vida animal! Uno está sentado allí, sobre un taburete de armar túmulos; zurce su levita negra, que ya pierde los hilos por todas las costuras; y ríe de la prenda raída. Otro muchacho le apura, le pasa la corbata blanca y en seguida se pone a meter papeles bajo el tafilete de su sombrero de pelo, hecho para cabeza bastante mayor. Un viejo, el decano de los carroceros, sacude y dobla paños de capilla ardiente. Y todo, levitas, paños y sombreros de copa, tiene un negro verdoso, repugnante. Repugna a los sentidos y repugna al alma.

Todos los colores son aquí tan feos como los objetos a que pertenecen. Hay coronas verdes, formadas por dos palmas rígidas, con la sequedad de lo artificial, lo falso, lo muerto: dos palmas que parten de un gran

lazo morado y colgante, y se arquean para juntarse arriba en dos curvas tiesas. Luego, las horripilantes coronas de cuentas de vidrio blanco, negro y café. Ese tono café, sobre todo, resulta fatídico; evoca la tierra aceitosa de los nichos viejos. El mismo tono repiten esos ataúdes «imitación madera» con borrones oscuros, más tétricos y repulsivos que los francamente negros. Por último, los candelabros y las cruces de bronce, los ángeles en actitud de pedir silencio, los ornamentos de plata demasiado blanca, los blandones de cera amarillenta y mosqueada... ¡Caramba! ¿voy a resbalar en la pendiente, hacia el registro de todo este conjunto dañino, del cual debo desentenderme?

Basta.

Poco antes de las doce, reaparece don Milton. Ha dormido unas horas y viene muy contento. El está siempre contento.

Don Milton López es un cincuentón, bajo, grueso, cuadrado, con huesos formidables, manos anchas de recias coyunturas y uñas reteñidas por el barniz que da él, como últi-

ma mano, a las urnas vendidas. Tiene el pelo rojo y recto, de esos que parecen crecer al revés. Un vello encendido le asoma por los puños; y sus ojos se pierden bajo cejas abundantes y lustrosas, dos enredos de seda bermeja. Huesudas son también las facciones y la frente explayada, seca, semejante al costillar de un caballo flaco. Don Milton no usa barbas ni bigotes; y así, su bocaza parte soberbiamente la cara pecosa y luce unos dientes—muchos dientes—largos, planos, separados y saledizos, que producen la impresión de haberle sido ajustados desde fuera, como las clavijas a una guitarra.

No, no es agradable, don Milton. Y en especial porque habla conmigo alegremente y con una voz robusta que él baja, sin duda por razones del oficio, pero que al bajar sale como algo que raspa.

Y aún: su facha copia los colores de la pompa. Terno negro, pañuelo violeta, cerosa piel, cabello bronce de candelabro prendido. «Muy en carácter, muy en carácter», diré yo también ahora.

Surgió en la tienda sobándose las manos y me consultó:

—Hay varias órdenes para la tarde, ¿no es así?

—Así es, señor.

—Muy bien. Felizmente ahora tenemos epidemia de gripe. ¡Ah!, las epidemias son necesarias. Para este negocio, resultan como los alcances para las minas. El invierno es siempre bueno, se lleva muchos viejos; pero un invierno benigno... no me diga usted nada... ¡un fraude!

—Ya se ve—he murmurado—todo es según, en la vida. Claro, usted necesita y no puede prescindir de...

—¡Oh, no tanto!—me ha respondido, abriéndose de piernas y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Este es un gran negocio de todas maneras, mejor que las zapaterías, mejor que las boticas. Se dice: «No hay negocio como las farmacias y las zapaterías, porque nadie se resigna a caminar descalzo ni se libra nadie de una en-

fermedad». Y no. Si usted se fija bien, andan muchos con la pata pelada en el suelo y muchos no se enferman nunca. Lo que no hay es quien se deje de morir. De modo que éste sí que se llama un negocio seguro. Lo cual no quita que las epidemias sean los alcances en la mina. Y también necesitamos de ellas, ¡cómo no!, porque no faltan las competencias y porque toda casa de comercio, hasta las más fuertes, y con más razón una de segundo orden como esta mía, se ven precisadas a hacer realizaciones al menos una vez por año... al menos una vez por año...

Y se ha quedado repitiendo la frase, con las pupilas dilatadas y absortas en la boca luminosa de la puerta de calle, más embutidos aún los puños en los bolsillos, las piernas más abiertas, y empinándose y dejándose caer, en ritmo satisfecho, sobre los sólidos talones.

—Al menos una vez por año... Sí, sí.

Después... después ha cargado el quehacer.

Buscaban, para el servicio doméstico del matrimonio, una criada. La han pedido por el diario; y hoy, cuando terminábamos el almuerzo, vino a ofrecerse una. Traía en los brazos un niño de meses. Habló con el dueño, porque la señora está enferma estos días.

—Pero no queremos empleada con hijo—le previno don Milton.

La mujer no se sorprendió. Lo había previsto, seguramente. Inexpresiva, inmóvil, afirmado contra el marco de la puerta su cuerpo flacucho y vencido por el peso de la

criatura, siguió en silencio, esperando que le dijese algo más.

—No hay en la casa lugar para niños. Los gritos, los llantos... tampoco nos convienen, por la clientela.

—¡Estorbo de chiquillo!—suspiró entonces la mujer, despechada, casi rencorosa; y dió un contenido remezón al chico.

Yo lo miré: él permanecía serio, con la seriedad absoluta de la absoluta inocencia.

Y era un nene blanco, tierno, suave, de ojuelos tirantes y redondos, boca pequeñina y redonda, todo el rostro dibujado a circuitos.

—Sólo que lo dé usted a criar. ¿No tiene parientes?

—Sí, mi mamita. Mamita no; es una comadre de mi mamita verdadera, que me crió como a hija.

—¿Y por qué no entra usted como nodriza en alguna familia?—intervine, apiadado del muñeco.

—Me hallan flaca. Yo me quise emplear de ama, pero me encontraron débil. ¡Eh!

Doy a criar al niño, no más. ¡Pa qué sirven los chiquillos! Más es lo que una se fataliza...

En su protesta lloraba, sin embargo, la misma contención del rencor y el despecho de cuando había remecido a la criatura.

Don Milton la llevó adentro, a que la viese la patrona. Luego regresaron arreglados.

Por la tarde, la mujer se incorporó a la casa, sin el niño.

¡Y hace tanta falta un niño en la casa!

Me ha tocado el turno. Velo.

A prima noche ha venido mucha gente. Ahora me dejan alguna paz. Y subo a mi altillo, porque se me figura libertarme así un poco del ambiente.

Pues bien, aun aquí me fastidia todo. Esta luz, una bombilla eléctrica vulgar, me parece más amarilla, antipática. Y no puedo velar sin luz. Aunque, prendiéndola, vienen moscas a revolar sobre mi cara. Yo creo que las traen de los cadáveres todas estas cosas. Son moscas nauseabundas, testarudas, y más negras que las ordinarias. Sí,

proceden de los muertos, pues no hay otra razón para tener moscas en invierno, y menos aquí, donde no encuentran golosinas para su glotonería.

¡Qué asco, estos bichos! Los mato sin cesar, y siempre sale alguno nuevo. No hay muchos; pero esto es lo más terrible. En enjambre, formarían algo animado, algo evocador de la vida. Así, una mosca aislada, viniendo a mi piel por intervalos de porfía, en un zumbido único cuyo son siniestro finge una voz lejana e imperceptible de ultratumba, sirven más bien para hacer más sensibles el silencio y la soledad, y mantienen el pavor.

En este momento siento volar una. Ya se acerca. Escribo con fuerza, rasco el papel con la pluma. No la quiero oír. En cuanto llegue, la mato.

Me había propuesto leer, estudiar mis ramos interrumpidos del Pedagógico y escapar una hora de estas sensaciones. Imposible. El miedo perturba. Vuelvo a escribir, mejor. Acaso ensayando el procedimiento

estoico de analizar el dolor, me distraiga de él y divierta el sufrimiento.

Porque este miedo para en trastorno, en espanto. Rueda en la calle un vehículo y los ataúdes tiemblan todos a la vez. Un eco sordo, como el rumor de treinta sepulcros, resuena en ellos, hueco. Me sobresalto, me inmoviliza el susto. Miro involuntariamente los féretros, cual si temiera que de ellos fuera a surgir algo contra lo cual me debo poner a salvo. Me brinca el corazón. Se aleja el vehículo afuera y retorna la calma silente. Pero yo sigo con la vista clavada en los ataúdes. No me atrevo a quitarla de allí. Están las urnas en siete hileras, cada cual con su tela oscura encima. Ocupan todo el suelo del almacén, como las mesas una morgue. Y es un conjunto opaco. Los cobertores les añaden misterio: no saben bien los ojos si hay allí cadáveres tapados.

Los cadáveres, aunque no llegan a esta casa, están siempre entre nosotros, presentes, desesperantemente presentes. Su olor pegajoso, impregnado en la tapicería fune-

raria, se desprende, vuela, se esparce lento y sigiloso y lo va saturando todo. Mi peine ya lo despedía esta mañana. Y lo ha de tener también mi pelo. Y mi pañuelo, desde el primer día, lo tiene. Es enloquecedor.

¿Qué destino me ha conducido aquí?

Afuera bullirá linda la vida. Hoy cruzaba yo el patiecillo taller y cayó de los tejados una pelota de *foot-ball*, de unos niños que luego vinieron a buscarla de la casa de al lado.

¡Ah!, y con estos días de sol, ¡cómo se habrán puesto los parques! La última tarde que estuve en el Forestal, había un otoño de oro, tibio y fino, un ardor suave en el aire. Yo descansaba sentado bajo un tilo, y cubría mi cuerpo una capa de manchas rubias de sol. Los ojos perdidos en la lejanía de cordillera, cegado de color, me adormecí dulcemente.

En cambio ahora...

Tocan el timbre. Alguien llega. Bajo en el acto.

Sólo deseaban cotejar precios.

Ya me hago expedito en mi papel. Al principio, la pena de los clientes que llegaban llorosos y compungidos, me contagiaba. No sabía cómo atenderlos y me embromaba en frases y preguntas consoladoras. Lo que más consuela a los deudos—lo aprendí en mi familia—es contar las causas de la muerte de su pariente y, con la prolijidad de quien ensarta cuentas en un hilo, ir comunicándonos los pormenores de la enfermedad. Y yo les daba en el gusto:

—¿Cómo se pudo morir? ¡Tan joven!

—Tenía cincuenta.

—¡Pse! Cincuenta años no es nada para...

Como si mis padres no hubieran muerto a los treinta y tantos.

Y el tiempo corría en conversaciones.

Siempre se conversa, sin embargo. Hace un rato, me decía un señor, muy asombrado:

—Pero si con esta maldita gripe no va salvando nadie. Abre usted por las mañanas

el diario y se queda boquiabierto. ¡Murió don Fulano! ¡Caramba! ¿Don Mengano también?... ¡Si se está muriendo gente que no se había muerto nunca!...

Ya no pierdo los minutos en charlas inútiles. Don Milton me ha enseñado y logro equilibrar dolores, piedades y apremios del servicio.

—No se moleste, señor; no ande mucho entre estas cosas impresionantes— digo si me hablan mucho. — Mandaremos al domicilio para tomar las medidas.

Y si proporcionan la talla del muerto, se les agrega, en una sonrisita dolida, medio suspiro, medio afabilidad de sabio frente a un inexperto:

—Conviene tomar de todas maneras las medidas. Conviene. Las personas, ¿sabe?, crecen después de la agonía.

Hay que decir siempre «después de la agonía», jamás pronunciar la palabra «muerte». Me lo ha prescrito con su experiencia don Milton. De igual modo que no se ha de llamar «ataúd» al ataúd, al tratar con los

clientes afligidos, sino «urna». Resulta menos fúnebre y «más culto», según mi patrón.

Y será risible; pero es verdad, en el fondo.

Ya conozco a la señora Enriqueta, mi patrona. Ha recobrado bien la salud. Hoy almorzó y comió ya con nosotros y después la he distinguido en trajines el día entero por el taller.

Forman una pareja perfecta, estos esposos. Para don Milton, «la elegida» no podía ser otra que doña Enriqueta. Fornida y grande, los pechazos tembladores bajo un paletó granate de lana frisuda, poderosa de ancas y con leonadas crines que se le desmelenan sobre los hombros, recuerda un caballo de circo. Enorme caballo de carroza, diría yo,

si dominara en su persona el color zaino en vez del alazán.

Es admirable. Trabajadora. En todo está ella, en el afán doméstico, en el ajuste de operarios, en las órdenes para las cocheras, moviéndose alegre, supervigilando y disponiendo con su voz clara, ancha, italiana. Se agita entre los ataúdes como entre las macetas de un jardín, activa, serena, valerosa.

Sólo al dentista me confesó tener miedo. Se le ha cariado un diente y ella sola se lo obtura. Todas las mañanas lava cuidadosamente la cavidad, la desinfecta con vinagre y luego la tapa con un trocito de esperma que pellizca de la vela y que calienta y amasa para obtener una forma bien adaptable. Y la verdad, nadie negaría que aquello es una incrustación de porcelana.

Yo he recibido con gusto su conocimiento. Aunque sus palabras son dignas de su marido, su voz puebla de sonidos hermosos el comedor.

De sobremesa, conversamos un poco más largo ahora.

Ella me preguntó:

—Y el nombre de mi marido, Milton, ¿no le ha llamado la atención? Es el nombre de un gran poeta inglés.

—Sí, señora; el autor de «El Paraíso Perdido».

—¡Ah!, ¿sí? Pues eso no lo sabíamos. Fíjate, Milton.

—No lo sabrías tú—protestó don Milton, herido en su cultura.—Pero yo ¿cómo no lo iba a saber? — Y luego, vuelto hacia mí, completó:—Mi padre, inflexible radical, no toleró que me diesen nombre católico, y buscó el de un gran poeta.

—Muy original.

De ahí, a propósito de originalidades, saltamos a comentar cierta urna mandada hacer esta mañana. El difunto había dispuesto al testar que lo sepultaran en un ataúd muy holgado, dentro del cual se pudiese mover con libertad en caso necesario. Había sido temor de toda su vida el ser enterrado vivo, en estado cataléptico. Don Milton trató de

convencer a la familia: eso jamás ocurría fuera de las novelas; bien sabían los médicos lo que hacían al certificar la defunción. Pero se hubo de cumplir el designio del extinto; y allí estaba, concluido, a nuestra vista, sobre un banco del patio, el ataúd grotesco, ancho, gigante, ridículo. Era un contrabajo de orquesta.

—Y esta carrera, don Milton, ¿cómo se le ocurrió a usted? — pregunté luego yo, siempre obsesionado por mi tema de martirio.

Don Milton sacudió las migas del mantel, miró su resto de vino.

—Muy sencillamente—repuso—Vocación. Vocación de mi infancia. Vivíamos en una estación pequeña del Sur. Un día murió un telegrafista, hombre bajo, inmensamente gordo y muy pobre. No encontramos caja para él en el pueblo vecino; y, buscando, buscando el recurso, se le ocurrió al bodeguero meterlo en una barrica. Yo, que tenía catorce años apenas, me apliqué a la tarea de adaptar el barril; y me fuí apasionando: le

clavé grecas de cinta blanca, recortes de metal, cruces... hasta unas manillas plateadas, desatornilladas a una puerta vieja, le puse al fin. Hice mi primera obra y descubrí mi vocación. Se me clavó entre ceja y ceja el ideal de establecerme con una funeraria. Después... la vida ha sido buena conmigo y lo he logrado cumplir. Nada más.

Se explica. Pero ¡qué horror!

¡Y de qué modo tan absoluto está la vida de este hombre consagrada a su negocio! He observado, ya mucho para equivocarme, algo muy elocuente, algo magnífico.

Cuando pasa un sepelio delante del almacén, don Milton acude ligero a la puerta. Los transeúntes todos se van descubriendo frente al carro mortuario. Don Milton, como se halla sin sombrero, hace una venia con todo el busto.

Pero esta venia cambia de carácter según las circunstancias. Si el funeral está servido por nuestra casa, su saludo se hace ceremonioso y cargado de respeto. Veo entonces el semblante de mi patrón bañarse de orgullo;

y bajo la máscara solemne, algo sonríe satisfecho. Pronto, este respeto parece volverse afabilidad y hasta felicitación. El alma de don Milton López dice sin duda al difunto: «Vas bien, ¿eh? ¡Gran carroza, amigo, gran servicio!» Luego cuenta los coches del cortejo, contento, muy contento si son numerosos. Y al regresar adentro y darse cuenta de mí, que miré a su lado, me dice:

—Se ve bien la planchita de bronce de la carroza, ¿verdad? *Casa de Pompas Fúnebres «La Paz»*. Fué una gran idea ponerla junto al pescante.

Y sigue almacén adentro.

Pero cuando el funeral pertenece a otra empresa, el rostro del hombre es serio, seco. Se inclina digno su busto al saludar. Y a lo más, debe decir interiormente: «Adiós, señor», y pensar al cabo: «En fin, en fin, descanse usted en paz».

No cuenta en esta ocasión los carruajes, naturalmente; se cuela pronto en la tienda y habla de otra cosa. Suele, sí, tratar alguna vez el punto a la hora de comer. La señora

critica entonces a la empresa extraña, cuyas interioridades siempre conoce. Y él se paga en silencio.

¿Qué música será esa que viene de lejos? Más o menos desde las diez, me llega el rumor de una orquesta distante. Y no cesa. ¿Habrà alguna fiesta en la Universidad? Pero sólo tocan bailables...

¡Qué diablos!, me voy a acostar.

Ojalá consiga coger el sueño pronto.

Y la música no descansa. Tocaban ya más de veinticuatro horas sin parar un minuto. Se reemplazan las orquestas, me ha explicado un carpintero, porque se trata de un campeonato de resistencia para bailarines, en el *American Cinema*, a cuadra y media de aquí.

Pues señor, el mundo se divierte frenético.

Y en tanto, yo en mi funeraria, donde la vida sigue su curso embotándose. Corre sorda, pesada, oprimida, negándose a sí misma, sin reflejar otra visión que la muerte. Se apostaría que no anda; y sin embargo,

oculta, vuela, como un río bajo la niebla.

Al anochecer, esto se pone más tétrico y opresor. Acrecen la medrosidad y la melancolía, activadas en el alma. En la tienda oscurece y afuera todavía hay luz. Yo me acodo sobre el pequeño mostrador, miro la calle y pienso.

El muro gris de la Universidad, enfrente. Los viandantes van pasando. Hacia acá nadie mira, por supuesto, salvo algún pilluelo detenido ante las fotografías de carrozas que exhibimos en la vitrina. Los grandes continúan de largo. Existe entre ellos un convenio tácito, aconsejado por el miedo a morir, para no asomarse a los bastidores del funeral. El miedo les sopla siempre al oído del corazón que si miran esto anticipan el horror de la muerte. Y cuando alguno deja rodar la vista ociosa encima de nuestros objetos, le veo quitarla en seguida, como se retira de una brasa la mano, y sus facciones contraen una mueca de odio.

Yo suelo sentir una risa malsana, entonces. Creen que ignorándolo, anularán este

horror; y no obstante, él les aguarda, seguro; sigue sus pasos, gana terreno, minuto a minuto, en aproximación callada pero sin retrocesos.

Pronto caen sin embargo estas ideas ajenas a mi carácter, y me horrorizo. Las casas de pompas fúnebres se me figuran pasillos bajos y oscuros que conducen al gran desierto de tinieblas donde, sólo Dios sabe a qué, las caravanas silenciosas van.

Atardecer. El verbo de los poetas. ¡Ah! Y aquí...

Todos los atardeceres pasa por aquí un hombre extraño. Se para en la acera, como un ladrón, primero. Luego avanza un pie, tembloroso, y pisa el umbral. Queda suspenso unos segundos y, de repente, sube también la otra pierna sobre el peldaño. Inmóvil, mira, mira... Es extraño y profundamente desagradable. Alto, flaco, enlutado; tiene un rostro moreno ceniciento, anchas ojeras viciosas, pupilas raras que yo imagino verdes, y un perfil de hocico, de perro, o de chacal, levantado siempre. Mira, mira...

más bien olfatea: las coronas, las cintas violadas, las cruces, los blandones de cera. Todo lo observa, con una cara de ávido, imbécil, que se torna poco a poco dolorosa. Luego aventura un paso hacia la mampara y sus ojos devoran, muy abiertos, los ataúdes. Los cuenta, parece que eligiera uno su ensueño enfermo; y entonces echa la cabeza atrás, baja los párpados, su pecho aspira y una expresión de delicia sin nombre se derrama por sus facciones. Al fin, sin abrir los ojos, cual si deseara conservar con avaricia sensual su visión, gira y se va, recogido, dichoso, como quien se lleva un tesoro en el pecho, en la carne, en las venas.

Se piensa en el amante que ha raptado una niña. Es lo más cruel y perturbador de esta cueva de espantos.

Hoy ha pasado después una carretela con payasos y la banda de un circo popular tocando animadamente. Lanzó parvadas de programas blancos. Pasó ligero, demasiado

ligero, y se alejó... No sé qué ensueño de alegría y de niñez me ha llevado...

Aquí no se puede vivir.

Observo a Celinda, la sirvienta. Ella nos sirve a la mesa y después anda en sus menesteres, entre las habitaciones y el patio, mañana, tarde y noche. Cuando me asomo al taller, me gusta espiarla. Eso me divierte.

El primer día Celinda me desagradó, chocó a mi piedad por su especie de rencor al nene y su prontitud para desprenderse de él. No le tendrá gran cariño. Sucede con frecuencia entre las mujeres de su medio, alquiladas siempre, y en cuya vida los afectos constituyen amarras y estorbo. Pero no es una mujercita desagradable. Algo dulce,

manso, triste, la suaviza. Es delgaducha, esmirriada, frágil. Dos abiertas pupilas color de te, muy cristalinas y cercadas de pestañas en arco, ponen alma simple y extática, de flor, en su cara trigueña. Lleva el pelo flojamente recogido. Un pelo casi negro, pero con un par de guedejas claras que, como dos tiznes de canela, dibujan el peinado y van a matizar, enroscándose, el moño. Lo cual la presenta menos plebeya.

Da impresión de pereza y en todo momento se la ve trabajar. Pertenece a esos seres lánguidos y despaciosos, cuyo efecto es el de no hacer nada porque todo lo van cumpliendo en un ritmo calmado, pero que, por no desmayar en el quehacer, realizan a la postre más que nadie.

Me entretiene mucho.

Oyéndole la voz pequeñita, se la cree también silenciosa; pero su hablar semeja un rezo continuo, vena que sin estruendo mana incesante. Jamás cuando callan las garlopas y las sierras de los carpinteros, deja de reaparecer al oído su parloteo uniforme, in-

matizado, perenne, como el hilo de agua de una llave que olvidaron abierta.

A veces, trajina a solas, no tiene con quién hablar. Sin embargo, murmura; o, si guarda silencio, sílabas sueltas y ligeros suspiros delatan la puntuación de su monólogo interno.

Y resulta lo más amable de la casa.

Como ella sale a la compra y de todo se entera, yo, exasperado ya con esa música lejana que lleva como un acompañamiento de delirio a mis obsesiones del ambiente, le pregunté hoy mientras almorzábamos:

—¿Y cuándo acabarán esos majaderos, Celinda?

—Tienen pa un mes todavía—me informó.— Dicen que hay trescientos peleándose el campeonato.

—¡Trescientos!

Doña Enriqueta intervino:

—Y bailan y bailan, a ver cuál resiste más, sin descansar sino tres minutos cada cuarto de hora. Bailadores de profesión. ¡Habrás visto! ¡Miren qué oficio!

—Más alegre que el de hacer cajones de muerto—dije no sé cómo, en un exabrupto, sin poder contener ya el fastidio que vengo cobrando a esta vida, y que sabe Dios por qué no estalla más veces.

La ofendí. Se puso trémula. Estuvo a punto de insultarme. Pero don Milton, con voz de triunfo, respondió por ella:

—Pues ya sacaron medio muerto a uno esta mañana. Como lo oye, joven.

Se reprimió. Y hubo una pausa. Molestos, nos negábamos los tres la vista.

Por último, don Milton resolvió rehacer la paz, porque prosiguió, muy natural:

—Como lo oyen, medio muerto, con un síncope. Cuarenta y tres horas había bailado ya, y cayó de repente. Lo llevaron a la Asistencia Pública. ¿Eh, Adolfo? ¿Está usted viendo? Por todos los caminos se llega aquí. Algunos, a paso de *shimmy*. No sería raro que hoy vendiéramos un ataúd para un campeón de resistencia...

La señora se levantó y dijo, alto y claro, como una lección final:

—Lo que prueba que nada tiene de absurdo el oficio de hacer cajones de muerto.

Y se fué, herida y digna.

El hombre, pacífico, me sonrió:

—¡Oh! Ella es mujer...

Yo hubiera tirado el cubierto y, a ella y a él, les habría gritado: ¡Imbéciles!

Pero...

De nuevo trasnocho, en el turno.

Y hoy tiemblan tanto los ataúdes... Debí acomodarlos en el día, puesto que anoche ya temblaban. Los ha desnivelado el rodar de los vehículos otra vez, con su eterno remecer el suelo.

¡Qué siniestrol!

Bajaría yo a ponerlos firmes. Pero ya lo he intentado y... me levanto y me quedo de pie, sin atreverme a dar paso. Luego, la inmovilidad también me asusta, oigo latir mi corazón. Pero se me figura que si me muevo, ando, remezco el altillo, bajo la escalera,

produciré mil ruidos que pondrán en agitación ecos acallados, espectros sonoros de todas estas cosas, que van a salir a rodearme. Y no hallo fuerzas, no bajo, no oso el menor movimiento.

Me siento suavemente al cabo. Porque aun dejar de escribir me atemoriza, me entrega al pánico. Para mí, en estas noches, no escribir equivale a quedar más solo. Por algo elegí el recurso.

¡Eh! Al fin bajé. Era inaguantable aquel temblor redoblado a cada instante. Llegó a resbalar y caer no sé qué cosa, y dí un brinco. Entonces, colérico, bajé.

Es curioso, el miedo. Me lancé a nivelar las urnas. A medida que lo hacía, iba descubriendo sin embargo que mi valor nacía de mi rabia, del miedo mismo. Y hé aquí que concluyo y, lejos de suspender el afán, sigo en él, moviéndome, moviéndome, moviéndome, en un vértigo del movimiento. Taconeaba recio, jadeaba, profería palabro-

tas. Me era imposible tornar a la quietud. Mi sensibilidad presentía que luego el silencio permitiría la percepción de los otros ruidos, los pequeños, los misteriosos, el crujir minúsculo de las maderas, el *tin* repentino de una placa mal ajustada, el zumbido de una mosca, de la fatídica mosca. Todos los rumores sigilosos recobrarían su puesto de primer término. Y acrecía el espanto, no lograba cesar.

Hasta que la propia excitación me trajo escalera arriba y me agaché ciego a escribir.

Ignoro en qué van a concluir estos nervios.

Poco después, me sobresaltaron aún golpes a la puerta. ¿Por qué no tocarían el timbre? Para eso está bien visible el botón, sobre un farolillo con una mano indicadora pintada en el cristal y un letrero muy claro: *Servicio Nocturno*.

En fin, siquiera me he reído algo.

Entraron dos jóvenes, periodistas. Lluve afuera, parece. Venían encapuchados en sus impermeables, chorreando.

—Díganos, señor: ¿han venido a encar-
gar el funeral para don Martín Acuña, el di-
putado, el patriarca radical?

—No, señor.

—Entonces, ¿no se ha muerto!—exclamó
el compañero—Hemos recorrido ya todas
las casas de pompas fúnebres.

El primero repitió, muy contrariado:

—No se ha muerto. Y no hay otro edito-
rial escrito. ¡Caramba, caramba!... ¿Qué
hora es?

—Las dos de la mañana.

—¡Qué contratiempo! Pero ¿de veras no
se habrá muerto ese bendito caballero? No,
no cabe duda, no se ha muerto. Día domin-
go, las dos de la madrugada, listo el único
editorial, sobre la personalidad del muerto
ilustre... ¡y él no se muere todavía!

—Estamos fritos. Habrá que largarse al
diario y escribir otra cosa. Resígnate. Va-
mos. ¡Qué remedio! Te ha estafado el pa-
triarca. ¿O vas a sentir ahora que no se
muera, tú, un amigo de la familia?

—Lo siento por eso, cabalmente—pro-

testó el otro—Claro que... no es que les desee un duelo. Pero lo siento porque debo muchas atenciones a esas niñas, tú lo sabes, y no veo las horas de manifestarles mi gratitud. Muriéndose el padre, mi artículo les habría demostrado mis sentimientos...

—Se morirá mañana. Da lo mismo.

—Así es. Vámonos. Tienes razón. Cuestión de días más o días menos. Porque el pobre se muere, sin vuelta, ¿no crees tú?

—Así me parece.

—Buenas noches, señor. Y dispense.

—Buenas noches.

—Buenas.

¡Y me indigna don Milton!...

Yo lo había previsto. A Celinda se le apareció la «mamita» hoy con el chico muy enfermo.

A media tarde, gritó la vieja desde la mampara:

—¿Está la Celinda? Aquí le traigo enfermo a su hijo.

—Pase.

No aceptó cruzar siquiera el almacén. La repelía.

Yo he corrido entonces a llamar a la muchacha y hemos salido ambos a la acera.

La vieja levantó una banda del pañolón

escocés y mostró al niño. No abría los ojitos, que se le hundían en ojeras ahuecadas. Había enflaquecido hasta parecer otro. Sus mejillas, congestionadas, eran dos ascuas. Tenía los labios secos, encendidos, vueltos, tumefactos de fiebre, y una respiración corta como un quejido que no pudiera exhalar. Me punzó el alma, la criatura sufriente, tan tiernecita, tan indefensa y tan sufriente.

Celinda se ha quedado muda. Le pidió la vieja dinero. Ella ha ido a solicitarlo a doña Enriqueta y ha vuelto con cinco pesos.

Luego hablaron de vientre incontenible, de la leche mala del puesto, del dispensario, de una comadre, de mil cosas vagas, confusas, sin orientación. No saben lo que harán. Yo vi un cuadro de cólera infantil y escribí un papel para un estudiante de medicina.

Y Celinda regresó adentro. Se marchó la vieja sin que ella tomara siquiera en brazos al niño. Muda, siempre muda, un poco pálida, se internó de nuevo en la casa.

Durante horas la supuse abrumada. Que no parlotease, me parecía señal de dolor

inequívoca. La rondé, apenado, hasta sorprender el momento de acercarme a consolarla con alguna frase, con alguna esperanza.

—Los niños son así—le he dicho.— El menor trastorno intestinal los enflaquece, los incendia de fiebre y, de repente, ya están bien.

—Más vale que se muera—me contestó.— ¡Pa qué vive un chiquillo pobre! Es una porquería la vida. ¡Y tan feo, el mocoño!

—¡Cómo! Yo lo encuentro una monada.

—Antipático, igual a su padre.

Le he querido sonsacar entonces su historia. Me contó un enredo largo, turbio, en su borboteo peculiar, ininterrumpido y monótono. El pensamiento se le desmenuzaba en cien direcciones, en detalles inútiles. Y como narra dialogando, los datos se destrozan aún cómicamente con los inevitables «me dijo», «le dije yo», «'iz que le dijo», y uno se fatiga y se pierde en la maraña.

He sacado en limpio que la engañó un prensista de imprenta; que su «mamita verdadera» trabaja en Puente Alto, hilandera

en la fábrica de tejidos; que asegura odiar al prensista, pero que si él pasa un día por aquí, a una simple seña suya con las cejas, ella le seguirá, sumisa. Y he descubierto, a la vez, que lo de menos en su drama es el hijo. Acaso crea que sin el niño el hombre la buscaría de nuevo.

Y no obstante, también este amor parece algo tibio. La misma languidez de su físico, la misma indolencia con que realiza el trabajo debe mover su vida sentimental. Seguirá queriendo a ese hombre como sigue sirviendo en las casas... porque sí.

Apenas se entiende.

—¿Y no pide usted permiso para ir a cuidar al pobrecito, al menos a darle el pecho? —le pregunté, por cerciorarme, por divisar alguna luz en su enigma.

—La señora me ganó el quién vive. Se adelantó a decirme que hago ahora mucha falta. Y no le pedí na. ¿Y pa qué, también? ¿Qué le voy a hacer yo?

—Para la enfermedad que él tiene, el pecho sería la salvación.

—¿Quién sabe, p'...!

Y se encogió de hombros y se puso a lavar una servilleta.

La dejó, colérico.



Y la maldita música, gira, gira, gira; coge todas mis horas, una tras otra, como en una espiral de locura. No sé a dónde me conducirá pronto, si no concluye. Llego a sentir que se me va la cabeza, por momentos, y deseos de gritar, aun cierta angustia irritada, de asesino, en la nuca y las sienes.

Esto, sobre el insomnio. Desde la noche pavorosa en que bajé al acomodo de los ataúdes, casi no duermo. No hay martirio igual.

Desvelado, en el silencio de la noche, oigo tocar las horas. Las da primero un reloj con

ronquera de latón que hay en la vecindad, en el piso alto. Le sigue la torre de San Francisco. Las dos, y su media; las tres, y su media; las cuatro, y su media. Debo dormirme ya, en seguida, me digo. Son más de las cuatro y a las seis me levanto. Pero nada. Apelo entonces a los recursos favorecedores del sueño. Hago respiración rítmica; cuento hasta mil, a compás lerdo y atontador; acabo, y cito los números del fin hacia el principio. Inútil. Todo me aleja más el sueño. Reflexiono, me calmo. En vano también. Luego, pienso que el tiempo corre: a poco más darán las cinco. Y me urjo: y me pongo más nervioso...

Pues bien, me ocurre casi una semana ya.

Hará veinte minutos, me levanté desesperado, a hacer gimnasia, flexiones de piernas, a ver si me rendía la fatiga. Tembló tanto el altillo, de tal modo se remecían los anaqueles, que don Milton, hoy de turno, me gritó desde abajo:

— ¿Qué significa eso, hombre? ¿Está loco?

—Es gimnasia, porque no logro conciliar el sueño, señor.

—¡Oh, no sea tonto! Déjeme al menos cabecear a mí.

Me volví a colar en la casa. Busqué consuelo en la engañosa esperanza de siempre: «Como no he pegado los párpados, mañana me estaré cayendo de sueño y roncaré como un trompo.» Aunque ya sé que después no resulta así. Viene a lo sumo una somnolencia poblada de imágenes, cansadora, peor. Antenoche, entre sueño y vigilia, vi de pronto junto a la mía, la cara de doña Enriqueta, mirándome amorosa, en celo. Le distinguía claramente la tapadura de esperma en el diente. De súbito, el pellizco de vela se desprendió y comenzaron a salir moscas de la carie. ¡Conque era de allí de donde nacían! Las cría el vinagre, me expliqué. Se desinfecta la cavidad con vinagre y... ¡claro! Pero surgían miles de moscas, y me despertó del todo la emoción repulsiva.

Otras veces, prosigo en el semisueño mis

ideas del día. Acuden revueltas, deformándose, girando en los *shimmys* del campeonato; paran en híbrideces monstruosas. Pero entre el tumulto, suelo también aprobar alguna. «Sueño o lo que sea—pienso—es una idea buena. La recordaré mañana.»

Hace un rato, por ejemplo, concebí en tal estado un sistema nuevo de sepelios, un estilo de carrocería y ornamentación para reducir lo deleznable de toda esta aparatividad. Lo llamaba yo «el coche-bandeja». Sería una plataforma lisa y llana sobre ruedas, todo ello de encina al natural. Encima se colocaría el féretro, de madera apenas encerada, cubierto por completo de flores. Una red invisible las defendería del viento. Y perfeccionaba detalles, libreas, arneses; sumaba ya argumentos en pro de mi carro «que no iría sembrando espanto y negrura por las calles, sino evocando la ternura de los deudos»; volaba en cursilerías de propaganda, en fin, cuando entró el primer rayo de sol y huí de la cama.

Avisé a don Milton para que se recogiese,

me dí una ablución helada y me senté a escribir.

Además, una obstinación capaz de conducir al delirio: pienso a menudo en mi muerte. La muerte. No escapa nadie a ella. Nunca nadie escapará. ¿Es aceptable? ¡Y se vive tranquilo! A mí me soldarán también un día... una mañana tal vez, una noche, un atardecer... ¿a qué hora moriré yo? No se me había presentado jamás esta pregunta... Quizás haga un sol sofocante, quizás llueva... A la hora y con el tiempo que sea, a mí me soldarán también dentro de la caja horrible. Después, el nicho, con olor a cal y a ladrillos húmedos, vecino a otros cadáveres, desconocidos y asquerosos; la putrefacción, el frío... ¡Oh! Cuando he ido al cementerio, ese hielo, único, absoluto, de las criptas y los mausoleos, me ha seguido, días y días, impregnado en las carnes, en las venas, en los huesos, en el corazón...

Por último, la muerte... ¿Qué es la muerte? Tiniebla. ¿Y el alma? ¿Qué es el alma? Me la explico yo como la llama del cuerpo.

Pero ¿adónde se va una llama cuando una lámpara se apaga? A ninguna parte, no es más. De manera que mi madre, mi padre ¿no son ya sino ideas y sentimientos míos?

No, no se debe pensar, en mi caso. La idea fija se instala y...

¡Y estas moscas pegajosas! Y este olor. Huele algo a flores, rastro de coronas. Si creo que hasta el olor de las flores se me hará intolerable para siempre. Como el olor a barniz y carpintería, que me era tan simpático y ahora resulta el olor predominante aquí...

Me voy abajo. Abriré la puerta, me pararé al sol, en la calzada, lo más lejos posible de esta casa maldita, a mirar la calle, a ver a los vivos, que van adelante, confiados, sin razonarlo, sin pensamientos eternos.

¡Oh, los envidio!

Ya murió el pobre chico de Celinda.
¡Cómo había de ocurrir otra cosa!

Aquí, saber que alguien ha muerto, nada significa. Es lo del día y el instante, lo esperado, lo que aun se anhela, para «hacer marchar el negocio», según la expresión de don Milton. La muerte se vuelve aquí elemento de vida. Sin embargo, a mí, este caso me ha impresionado. Que un niño se muera me resulta siempre un absurdo, una inmoralidad de la naturaleza; y que haya muerto esa criatura me conforma menos.

Pero, sobre todo, me pasma el carácter

de Celinda. Aunque, la verdad, veo en ella el alma tipo de la «china sirvienta».

No sufre gran trastorno. Más bien, siente una cancelación. Apenas cuando la rodeamos y, tras de haberle posado unos segundos la mano en el hombro, doña Enriqueta dijo: «¡Pobre mujer!», compadeciéndola a ella, ha llorado. Como si un dolor repentino, lanzado desde fuera sobre su corazón con esta frase, le hubiera estrujado el pecho bruscamente, se han contraído sus facciones y sus ojos han exprimido unas pocas lágrimas silenciosas. Pronto sus pestañas han ido despegándose de nuevo, secas, crespas, magníficas.

Momentos después, se acercó a mí.

—Ahora sí que pido permiso — me anunció.

—Más lógico habría sido en la otra ocasión.

—¿No me dejarán salir, dice usted?

—No, no quiero decir eso.

—Porque si me niegan la salida, les abandono la casa. Habré dejado morir al an-

gelito, no lo habré cuidado en sus últimos momentos; pero ahora... ¿no velarlo? ¡Bah! Eso sí que no, pue'... Una es pobre: se le tienen que morir no más los chiquillos; pero el velorio tiene que hacerse. ¿No ve que si no, quedan penando los niños? ¡Ah!, si no me dieran permiso, allá les tiraba el servicio yo.

—Sí se lo darán, sí, ya lo creo—la calmé.

Por primera vez salía de su languidez. Estaba de veras alterada, pronta a reñir.

Claro que doña Enriqueta, cuya idiosincrasia no se aleja mucho del pueblo, encontró muy justa la pretensión. Aun le razonó al marido:

—Milton, los muertos son sagrados, tú sabes. Un vivo puede ser hasta un clavo, como era ese niño para esta infeliz. Pero... los muertos... y el velorio de un angelito...

En el hombre, a una reacción supersticiosa sin duda, se disipó entonces la objeción que su rostro había anunciado. Y hasta cierto movimiento de consecuencia con los muertos parece haberse operado en su espíritu.

Porque se ha ido a la tienda; se ha parado, como cada vez que piensa, con las piernas abiertas, los ojos perdidos en el sol de la calle y las manos embutidas en los bolsillos; y, de repente, ha dado su decidida media vuelta sobre un tacón y se ha asomado a la puerta del patiecillo, para llamar:

—¡Celinda! ¡¡Celinda!!

Peinada con agua, envuelta ya en su pañolón color canela, armonizador con sus guedejas, lista para el velorio, acudió Celinda.

—Mira—le ha dicho don Milton—Te vas a llevar una caja para el angelito. Mándame al maestro acá.

Deliberó con el obrero, a media voz. Regresó a la tienda. Su semblante se había nublado como el de un arrepentido. Pero luego me miró y exhaló su conformidad en un suspiro al cabo:

—¡Eh! ¡Qué hacer! No había otro listo. Eran finos todos.

Y al salir Celinda ya con el bulto del ataúd bajo el pañuelo, le ha dicho contento:

—No te quejarás. Una urna espléndida, forrada en cinc, esmaltada en blanco, con almohadita, con tapa de pernos. ¿Eh? ¡La suerte del chiquillo!

Y cuando Celinda se retiraba, la detuvo todavía:

—Escucha. No se vayan a beber toda la plata en la borrachera del velorio. Con el sueldo que te adelantó la señora, toma el nicho. No te olvides. Una caja fina como esa no se puede echar a la fosa común. ¿No le parece a usted, Adolfo?

—Por supuesto, don Milton. ¡Por supuesto!

Me embriaga el día de mañana.

Veré los jardines. Oiré brincar el agua viva, como una risa, en las fuentes. Treparé al Cerro y me abriré a los aires, sobre la ciudad y sólo bajo el sol, ebrio, dándome a la luz, flameantes como banderolas mi alma y mis sentidos. ¡Oh!, el mundo cobra desde esta cripta horrenda poderes fúlgidos que llaman y arrastran con vehemencia.

Y después de todo, ha sido cómico el paso de mi liberación, para la risa, para reír largamente.

Yo estaba enfermo ya, de veras enfermo,

con los insomnios, las obsesiones tétricas, los sobresaltos y las repugnancias. Me había observado ya don Milton que me conducía distraído y aun descortés con los compradores. Y era verdad. Pero apenas traté de acaramelar mis maneras, sobrevino eso, el gran disgusto primero y la gran alegría después.

Fué realmente estúpido y jocosó.

Entró en la tienda una señora gorda, llena de crespones. Quería un funeral completo; pero decidió ir eligiendo con economía capilla, carroza, urna... Al llegar a la urna, la sorprendió el precio.

—Pero, señora, las otras cosas son sólo arrendadas; la urna se vende, no vuelve más a la casa.

No lá convencían mis argumentos. Se puso a regatear, empecinada, como en el tenducho de un turco. No concluía nunca de pedir rebaja. Yo continuaba esforzándome por ser afable, a pesar de mi impaciencia. Hasta que me venció. Y entonces vino el desastre.

—¡Vaya!—cedí—Con tal que se haga us-

ted cliente de la casa y la tengamos por aquí seguido a comprar sus ataúdes...

No me dejó terminar. Ardió, voló, furiosa. Trémula, cual si se defendiera contra la maldición o el augurio de un profeta, me tapó de insultos, llenó de gritos y llantos el almacén.

Don Milton acudió al escándalo.

—¡Este mequetrefe inmundo, este insolente, este malvado!—vociferaba entre hipos y lágrimas la vieja—¡Me dice que ojalá vuelva seguido a comprar ataúdes para mi familia!

—Señora, no he dicho eso, no he dicho que ojalá...

—¿Y qué otra cosa significa «con tal que la tengamos aquí seguido a comprar sus ataúdes»? ¡Habrás visto! Le deseará la muerte a mi marido, a mis hijos, a mis hermanas...

Aquello no tenía fin. Tampoco enmienda de mi parte. Fuí torpe, lo reconozco: por alimbararme, me convertí en un dependiente de modas. Pero, en estos casos, se comprende, se excusa. Yo estaba enfermo, con

la cabeza mala a fuerza de obsesiones, terrores y noches en vela. Don Milton, por lo menos él, debió hacerse cargo.

Y no; él creyó correspondiente al decoro de la casa el reprenderme en el acto, ahí, delante de la propia mujer ofendida, y me increpó terrible:

—¡Idiota! Pero ¿está usted idiota? ¿Cómo se le ocurre semejante grosería?

En fin, me puso de vuelta y media. Y la vieja gorda esa, excitándose hasta el frenesí, mezclaba injurias y más injurias al regaño.

No pude soportar y estallé. Tiré el empleo, los eché a los dos al diablo.

He ahí todo.

Luego, ausente ya la señora, don Milton ha venido a mí.

—¿Cómo se le ocurrió esa barbaridad, hombre de Dios?—me dijo risueño ahora—Desearle a un cliente que venga aquí a menudo es desearle muchos duelos, en buenas cuentas. No todo lo que deseamos lo podemos decir.

—¡Qué sé yo! Me tiene ya loco su por-

quería esta, su funeraria, su asquerosidad. Me largo, señor. Arrégleme los días de sueldo y me largo.

—¡Oh! Cálmese. Mire, yo lo estimo a usted. Me parece un buen empleado...

—Sí, «muy en carácter», ya lo sé. Pero me voy.

—Escuche, Adolfo. Precisamente me tenía usted pensando cómo formarle una situación en la casa. No hubiese querido yo, ¡claro!, tratarlo así delante de esa estúpida. Pero entienda, no cabía otra cosa. Hay que hacer marchar el negocio.

—Si es el negocio el que lo hace marchar a usted. Y no quiero situación ni nada. ¿Para qué? Para tener yo también que hacer marchar mi situación? No se tiene una situación, al fin y al cabo; es ella la que lo tiene a uno. Y por eso, cabalmente, debo irme. Necesito ser feliz, y la felicidad consiste en lograr una situación que se pueda sostener con alegría. Pero... esta carroña... ¡pua!

Se indignó. No recuerdo cuánta insensatez me repuso. Lo cierto es que mañana me

llevo mi cama y me alejo de aquí para siempre.

¡Oh! ¡Qué vehemencia siento! El presidiario que saldrá justamente mañana de su encierro, a la misma hora que yo de este calabozo, experimenta de fijo en estos momentos el mismo vértigo... y, también, el mismo vago temor en las entrañas a la vida nueva, a la lucha renovada.

¡Bah!, hermano presidiario: eso es vivir.

Adelante, Adolfo. Cargarás tu cama, cobrarás unas decenas de pesos, y luego...

¡Caramba! Luego, a buscar techo y pan otra vez. ¿Y dónde? ¿Cómo?

Si me dieran algo por estos papeles...

Acaso algún escritor...

1923.

L A A N T I P A T Í A

—Señor... Señor...

Sentí la mano del muchacho remecerme por una cadera. Me había dormido sobre la cama, vestido.

—¿Qué quieres?

—Dice la señorita Melania que si es tiempo de ponerle a don Samuel otra inyección. Me incorporé.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Sí; ya es hora.

—¿Prendo luz?

—No; no hay necesidad.

Por la ventana, abierta al campo, se veía en la pieza la luna. El menguante iniciaba su ascensión en la noche callada y caliente. Y atrajo mi vista. Clavé los ojos en el trozo dorado, que fulgía como una almendra sobre la felpa profunda de un cielo sin estrellas. Lo miraba, lo miraba, fascinado, vacío de pensamiento después de aquel sueño sin soñar. Por momentos, era la almendra; por momentos, una medalla de oro asomando por un ojal.

El sirviente, un muchacho rústico, permanecía inmóvil al pie de la ventana. Yo veía su busto exiguo de adolescente preso en la chaqueta de mezclilla; lo veía en negro, ribeteado de claridad lunar; y sus manos desproporcionadas colgando fuera de unas mangas muy cortas; y sus pies desnudos...

—¡Lástima grandel! ¿no?— me dijo tan pronto como advirtió mis ojos puestos en sus pies.—¡Que no me dentren, patrón, sus zapatos!

Sonreí. La preocupación constante, la idea fija, el ensueño afiebrado del pobre chi-

co, desde que alguien le previno que había crecido ya mucho para andar descalzo, era ponerse los primeros botines.

—Los de don Samuel sí me quedan al justo—añadió, como en un suspiro, como en una esperanza.

—Pronto vas a tener zapatos, Andrés.

—¿Se morirá pronto? Diga...

—¡Chit! Callá. Está moribundo; pero... anda, lárgate ahora. Que preparen la jeringa para la inyección, que hagan hervir las agujas.

Me levaté y me lavé la cara, con calma.

Por la ventana venía un aire vivo, fragante al riego de las hortalizas. Oí explicar al rapaz en la habitación contigua: «Se había dormido, el caballero. Se había dormido encima de la cama, y hasta con espuelas...»

En efecto, apenas terminó la comida, los nervios me habían urgido a huir, pronto, aun cuando fuese por algunos minutos, de aquella familia.

No soy un huraño, mucho menos un misántropo. Alguien confiesa por ahí no cono-

cer más flechazo que el de la antipatía. No lo concibo. Sin embargo, esos Manzanares, esos amarillos, fofos, aceitosos, absurdos Manzanares rebotaron siempre hostilmente sobre mi sensibilidad. Sin remedio, desde la infancia. Muchas razones y esfuerzos muy tenaces gastó mi madre para prender en mí siquiera una llamita de afecto hacia las cuatro criaturas. Con ellas, hasta no sé qué rebuscado parentezco nos unía. Pero los niños, cabalmente porque no razonan, yerran pocas veces en la percepción de sus afinidades.

No congenié yo, pues, un solo día ni con Samuel, aquel zanguango procaz y estúpido, cuyas pupilas color de aguas encharcadas parecían anegar su cara de estudiante falto de sueño, ni con las tres hermanas, que salían siempre a mi encuentro, desde la profundidad lóbrega del salón, en fila, muy divertidos y llenos de asombro inmotivado los semblantes y claveteándome a preguntas insulsas con sus voces estridentes de gallinetas.

Mis diez años de estudios en Santiago me

alejaron luego en definitiva de los Manzanares, dieron perspectiva a su pesadez; y aun llegué a evocarlos con regocijo, con ese regocijo que enciende en el recuerdo la reaparición de las imágenes caricaturescas habidas en nuestra infancia.

Pero aquella noche, de nuevo frente a ellos, la antipatía resurgió: es decir, concluyó de resurgir, porque me hallaba en la tercera visita de esa temporada. Y tan luego bebimos el café, me fué ineludible pretextar el cansancio del viaje a caballo y retirarme un rato a la pieza que me dispusieron para hospedar.

Allí, ya lo he dicho, insospechadamente me dormí.

Así fué.

Estudiaba yo entonces mi cuarto año de medicina. Pasaba las vacaciones en nuestro fundo, junto a mi madre. Los cuatro Manzanares seguían viviendo en el pueblo. Habían quedado huérfanos y habitaban el mismo caserón donde nacieron. Y allí estaban, solteros... y unidos. ¿Habéis observado la

unión firmísima y querendona, especie de reducto defensivo, en que se encierran los hermanos huérfanos y solterones? ¿Verdad que este lazo de amor, en las familias anti-páticas, suele resultaros incomprensible, absurdo? Así vivían en su solar los Manzanares. Yo me veía entre ellos desde horas atrás—y por vez tercera—porque toda la última semana Samuel agonizaba, hinchado como en preñez, hidrópico por una cirrosis de la mucha bebida.

Sí. Hacía ocho días que el borrachón había entrado en coma. Tres punciones llevábale yo hechas para sacar el agua al odre de su vientre monstruoso; y se inflaba de nuevo, con una pertinacia... «¡Qué duro pa morir!», decía el pequeño Andrés en su simpleza. Y es que todos estaban ya rendidos. Se vivía en el vacío, como en un hueco abierto al tiempo. Era la casa del cadáver que no se va. Todo permanecía, pues, suspenso y revuelto, y la gente sufría cansada, impaciente.

Yo, por mi antipatía y por saber como

nadie que ya sólo se trataba de suavizar, a fuerza de morfina, los últimos rezagos de una existencia deshecha, tenía que ser el más abrumado.

¡Ah! Fué penoso penetrar aquella noche una vez más en la penumbra del dormitorio donde Samuel yacía, el pobre majadero, con el grotesco cuerpazo hinchado como un bombo y la cabeza descolgada y el cabello húmedo sobre las cejas. Una penumbra temblante por los aleteos de sombra que lanzaba la vela sobre las paredes empapeladas color café. Aun la vela movía con agitación de tormento su lengua filuda y ardiente. Y luego, aquel calor, aquel aire denso, mal oliente a sudores viejos, a medicamentos amargos, a las aguas de olor desabrido extraídas en las punciones... Mis nervios se constriñeron insoportablemente. Como en un ímpetu de fuga, volví a todos lados la cara.

Y me topé con las tres hermanas que, en fila, ¡siempre en fila!, me pasaban los utensilios. Toda la antipatía de la casa me rodeó,

como una ola circular que me estrechase.

—A ver, Melania—dije entonces a prisa—deme usted las ampolletas. La jeringa, Herminia. ¿Este es el alcohol? Usted, Liduvina, levante la colcha.

Me cogió una vehemencia nerviosa, un vértigo activísimo. Y una idea, única, súbita y ciega, culpable profesionalmente, pero que en breves segundos mi buen corazón disfrazó de piedad, me condujo. Sí; piadoso el acelerar, piadoso el concluir con... Me temblaban las manos. Pero me había hecho presa la demencia extraordinariamente imperativa de los impulsos antipáticos. Sí; triple dosis, triple dosis y caería Samuel en el sueño, y sueño y abismo se resolverían en un solo descanso definitivo y dulce. ¡Infeliz! Ocho días en coma, sin reconocer a nadie ya, y sufriendo en tanto su carne en un dolor turbulento y oscuro. No, no...

—¡Ya está!

Al oprimir el émbolo de la jeringa, no obstante, sufrí la sensación trémula y desfalleciente de cuando se palidece. Porque a

un médico le está vedado ultimar. La conciencia, si bien sin concepto definido, me habló de un rasgo de verdugo. Temblé. Y una transpiración helada, que brotó violenta, me enfrió la espalda; mientras por mi mente pasaron, con la celeridad inverosímil del pensamiento en el susto, evocaciones aflictivas: ciertas viejas ultimadoras profesionales que en la Edad Media mataban a los moribundos hundiéndoles las uñas en la garganta. Alcanzaron a diseñarse en mis retinas unas uñas corvas, verdes, gruesas y duras como patas de cabra. Se me representó aún cierta escena cruel de mi niñez: cuando inducido por la cocinera maté un manso e indefenso pichón, apretando su corazoncito entre los dedos y haciéndole crugir los huesos dentro de mi garra enfurecida por la emoción.

Fué la misma angustia de fatiga, de crimen.

Pero duró un instante; pues a poco de inyectada la triple dosis de morfina, sobrevino un efecto extraño. Por inesperada reac-

ción de su organismo contra el veneno excesivo, Samuel tornó a la lucidez, salió del coma, alzó los párpados, me vió, me reconoció. Y con una mirada cariñosa, llena de miedo y esperanza, me dijo:

—Ah, tú, aquí. Sálvame. Tú eres bueno. A pesar de todo, tú me quieres. Sálvame; no quiero, no me quiero morir.

S...í —musité, desconcertado.

Sus ojos se apoyaban en los míos, larga, extrañamente fijos, ávidos de leer en mi conciencia y en mi voluntad.

—¿O no me quieres? Jugamos juntos...

—Sí...

Sentí un dolor hincante, una piedad desgarrada. Sus ojos repetían el ruego de los perros enfermos.

No deseaba yo abandonarle a su miedo ni negarle mi amparo cariñoso; pero no pude hablar. Comprendí cuánto debía espantarlo mi silencio y, sin embargo, no hallé qué decir. Si sólo cosas ingratas acudían a mi memoria urgida... La fuerza de la antipatía es negativa. Y de las personas antipáticas,

se nos borran muy pronto en el recuerdo los actos buenos. Busqué, busqué ansioso y de prisa de qué hablarle, algo amable y confortador. Puse mi alma en tono de cariño. Y nada; se me venían a la mente sólo tonterías. Estuve, por ejemplo, a punto de soltarle: «¿Te acuerdas? Cuando niños, por tus pies abiertos al pararte y al andar, te pusimos «diez para las dos». Y habría sido estúpido. Declararle a secas: «Sí; tú sabes que siempre te he querido como a un pariente», más tonto aún, porque no era verdad; peor, era burdo, irrespetuoso, una mentira exagerada.

Busqué, busqué, cada vez más espoleado y sin tino... Como si hubiese ocurrido la víspera, volví a ver entonces la última escena de mi vida en la cual había él actuado: el verano anterior, a Samuel se le había puesto una noche pegarse a un grupo de muchachos que recorriamos el pueblo. Su charloteo borboteante, su disputar de borrachín, su intromisión presuntuosa y necia en las conversaciones nos tenían irritados; y no

viendo manera de alejarlo, se me ocurrió de pronto avisarle al pasar por un cine: «Mira, allí, en la contaduría del teatro, te llaman». Y apenas acudió él, corrimos los demás en fuga desbocada, hasta poner una docena de cuadras por medio. Entre bromas y carcajadas, llegamos a una taberna, y allí resolvimos, mientras nos servían, celebrar unos juegos florales fúnebres. Por tema, se dispuso... el epitafio de Samuel Manzanares, a quien el mantenedor había declarado difunto. Reímos a su costa la noche entera.

Pues bien, casi me arrastra el aturdimiento a recordarle en tales instantes aquel paso, nada menos que la burla de su muerte.

Al fin creí hallar algo agradable para él. En cierta ocasión me había detenido Samuel en la calle, con grandes aspavientos, para exhibirme unos versos que él calificaba magistrales, y que al cabo resultaron así. La antipatía, alerta en su agresividad siempre, me advirtió no obstante que mi emoción había sido entonces la rabia. Al pasarme él su periódico para hacerme leer los versos,

me había dicho yo: «Deben ser un mamarra-cho»; y en seguida, al rendirme ante la evidencia de un canto magnífico, había sufrido una corrosiva molestia. «¿De modo que el idiota ése tenía también su buen gusto?» ¡Qué fastidio me dió! Por muchos días me persiguió el fastidio.

Pero, en fin, como él no apartaba los ojos de mí, quise traer aquello a cuento, aliñándolo de optimismo en la hora de la muerte, ya que ello, lo único en nuestro pasado, podía significar acuerdo, unión.

Y le dije:

—¿Sabes en qué estaba yo pensando, Samuel? En esos versos estupendos que el año pasado descubriste. ¡Cómo gozamos! Me separé tan feliz de nuestro encuentro...

Me detuve a la mitad, con vergüenza de hallazgo tan miserable.

Por suerte, no me oyó. La morfina surtía ya su efecto. Samuel se sumía en la nada del sueño, caída la mandíbula, vueltas a mí todavía las pupilas desvanecidas.

Le tomé el pulso. En media hora más,

según mi cálculo, habría dejado de padecer. Tapé su cuerpo hasta la barba. El abdómen hidrópico metía una montaña bajo los cobertores. Una conmiseración irremediable me hizo suspirar. Y en seguida palpé mis músculos, robustos, vivos, ágiles.

—Salgamos—dije.—Ahora duerme.

Habituadas a la misma escena durante tan largos días y a que tras ella Samuel continuase viviendo, las tres hermanas se dirigieron conmigo, tranquila y naturalmente, al comedor.

Allí nos acomodamos al rededor de la mesa. Ellas, frente a mí las tres, siempre juntas y en fila. Ya tenía yo delante otra vez aquellas caras alimonadas y tirantes, de cejas oblicuas formando una ojiva rota e irregular, y aquellas cabezas de pelo escaso, grasiento y tenso hacia la coronilla.

Seis ojos verdosos, explayados y húmedos, como seis ostras, venían al encuentro de los míos; y yo, que sufría una mezcla inordenable de emociones, a todas las cuales se sobreponía el rechazo antipático, no

los podía soportar. Los ojos del ser antipático son pinchos agudos y hostiles. Da en ellos nuestra mirada, y en el acto se repliega como las antenas del caracol, y permanece recogida y esquivada. Bien pueden esas pupilas buscarnos: las evitaremos siempre. Es horrible, porque se nos figura que el otro comentará: «Este hombre es malo; no mira de frente». Y no. Sólo hay que él nos es antipático. Además, en aquellos ojos de familia me acusaban los del agonizante; a quien yo acababa, en buenas cuentas, de ultimar...

Hallábame, pues, muy incómodo. Procuré rehacerme, vencer sobre el ambiente. Callábamos, y el silencio me resultaba indiscreto y delator. Pero ¿de qué hablar? Con los antipáticos, iniciamos una afabilidad, y una mueca involuntaria tuerce nuestra boca, afea la frase y nos traiciona...

No obstante, la turbulencia de mi incomodidad imponía una salida, una actitud libertadora, palabras, en fin, que al menos

alejasen de mí otro desagrado inminente: el drama de llantos y aullidos histéricos que dentro de media hora, cuando se constataste la muerte de Samuel, sobrevendría para las hermanas.

—¿Qué hacemos? ¿Qué les cuento? A ver...

Atropelladamente, ignoro por qué recóndito dictado, me puse a contar «chistes alemanes». Dos, tres, cuatro, diez, de los más imbéciles.

Fué la salvación.

Todo cambió como al soplo de un viento despejador. El buen humor se hizo. Aquellos nervios excitados en la sobrefatiga, vibraban con exceso enfermizo al menor roce de lo cómico. Era un vértigo contagioso, una marea invasora, la defensa desesperada de la vida tras la mucha aflicción, tras las horas muertas de voz queda, pasos en puntillas y gestos de circunstancias.

—Cuenta—me rogó de pronto Herminia, la menor—algo de tu vida estudiantil.

Accedí, porque me había rehecho. Por

odiosas que ciertas personas nos sean, nos halaga y envuelve el momento en el cual ellas nos admiran.

Y esta cobardía humana desanudó mi contento y los episodios festivos acudieron.

—Una vez—comencé—los de mi curso debíamos obtener cadáveres para nuestras preparaciones anatómicas... No se asusten. La cosa tiene gracia... Es preciso, para esto, hallarse a la madrugada frente al hospital. Allí va la carroza con los restos no reclamados y los deja a los estudiantes. Estábamos en pleno invierno y apenas se diluía en el cielo un indicio del alba. Los muchachos, zapateando de frío, fumando, distraídos, no advertimos cuándo llegó el carro. Lo distinguimos de repente y nos acercamos en tropel. Ya en su boca trasera blanqueaban hacinadas las plantas de veinte pies de cera. Ya el carrocerero había puesto del coche al suelo sus tablas en declive; y pronto, vuelto al pescante, empujaba uno a uno los cuerpos rígidos, que resbalando por el tablero, bajaban a la calle, donde nosotros elegía-

mos. Era un hombre muy chusco. Llamaba «cuñados» a todos sus muertos. «Allá va un cuñado, niños», prevenía al lanzarlos. Y algunos habían desaparecido ya, en brazos de los muchachos, tras la reja de la Escuela, cuando bajó uno más y sucedió algo extraordinario, fantástico. El muerto se deslizó lento y pesado, tocaron la calzada sus pies, vino su cuerpo hacia adelante y quedó erguido. «¡Está vivo!», gritó uno. Y todos corrimos. «¡Guarda, está vivo!», repetían los demás, ya parados a cierta distancia. Hubo un silencio de espanto. Alguien aseguró haber percibido que de la garganta del cadáver había salido un sonido, como un gorgoriteo, como una voz. Y la figura blanca seguía derecha e inmóvil en medio de la noche. Entonces vino lo bueno. Vimos al carrocerero dejarse caer del pescante y dirigirse al cadáver. «¡Guarda, el cuñado está vivo!» El hombre vaciló. Pero fué un segundo. Luego echó pie atrás, alzó el puño y, mientras descargaba un bofetón iracundo sobre el infeliz, atronó la calle, bravucón y triunfante:

—¡Eh, muerto 'e miér... coles! ¡Vení a jugate!

La risa estalló frenética en las tres muchachas. De tal modo reían ya, que debí contenerlas:

—¡Chit! ¡Chiiit!... Está el pobre Samuel ahí, durmiendo... ¡Chiiit!...

Ya entonces noté con alarma que no se podían contener. Esta misma contradicción las enardecía más, conducíalas a lo morbo-so, al ataque, a lo histérico. Melania se quejaba:

—¡Ay!... ¡Mi dentadura!... ¡Por Dios! ¡Mi dentadura!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Usaba dientes postizos, y la plancha, defectuosa, causábale dolor en las encías, un dolor que constituía su tema de quejumbre a toda hora. Tanto era el lamentarse de su plancha, y esta vez con la mano en la boca, luchando tan cómicamente por apretar la risa, que, contagiado yo también, se me ocurrió decirle:

—Es que tú, Melania, lo que necesitas no es una dentadura, sino una *dentablanda*.

Y esta sosería, sobre aquellas risas tentadas, cayó como pólvora en la llama. El reír subió al gemido, al llanto, a la contorsión.

Al cabo, amainado el acceso, Liduvina me pidió una anécdota más.

Determiné referirles ahora el caso de una estudianta de mi curso.

—Resolvió un compañero jugarle una broma sonada, una broma que, como él decía, hiciera época. Eligió el cadáver más corpulento y le amputó... No; creo que esto no se puede contar.

—Sí, cuenta.

—Cuenta, hombre.

—Si estamos en familia; sigue.

—Bueno. Amputó al cadáver... en fin, no me acuerdo bien, un miembro cualquiera, pongamos... una mano, y se lo guardó a la chiquilla en su maletín de calle... No; mejor, buscaré otra historia...

—¡Oh! ¡Tonto!

—No. Espérense. Voy a ver cómo sigue Samuel.

Había transcurrido, larga, la media hora

de mi cálculo. Fuí al dormitorio y... lo previsto: Samuel estaba muerto.

Y bien. No sabría explicar por qué no me conmoví. Acaso porque era lógico, dado el tono en que las risas me pusieran; acaso porque yo lo tuviese al pobre despedido ya, desde que le aplicara la morfina; por la antipatía, tal vez. Lo cierto es que, sereno, como ante un caso de hospital, le cerré los ojos. Y salí.

Vuelvo al comedor, molesto por anticipado de la escena que sin duda se desarrollará; y he aquí que nadie me pregunta por el enfermo. Sólo me apuran a concluir el cuento. Confieso que me estremecí.

Tomé asiento, mudo.

—¿Y qué pasó?

—Habla. ¿Qué hizo luego la muchacha?

Guardé silencio aún, dudando. Pero: «Después de todo —pensé— conviene ganar algún tiempo, prepararlas gradualmente, para darles la noticia con prudencia. Porque vendrá una hora trágica». Y casi conforme también con un retardo de aquel desagrado,

cedí a las instancias, siquiera mientras concebía un plan hábil y de suave gradiente hacia la revelación.

—Pasó—repuse— que la estudiante sube a un tranvía, de regreso a su casa, y al ir a pagar, abre el maletín y se encuentra con aquello. Varios estudiantes la iban espiando en la plataforma. Y cuentan que ella, muy familiarmente, cogió la... mano amputada y la tiró por la ventanilla. Los estudiantes se bajaron entonces en la esquina próxima. Divisaron a poco un tumulto en la calle y acudieron a ver. «¡Nadie toque al perro! ¡Nadie toque al perro!», dicen que disponía enérgico el policía. Un perro había recogido la mano del muerto y se paseaba con ella en el hocico, entre el alboroto de la gente. Se vislumbraba un crimen. «Hasta que venga mi inspector, nadie me toca el perro —insistía el guardián.— Y no dejen que se la coma». Alguien opinaba: «A mi juicio, debe venir el juez»... Y calculen ustedes lo demás. ¡Cómo se divertirían los muchachos! Dicen que el escándalo fué mayúsculo.

Entre figuraciones, comentarios y ocurrencias, se incendió de nuevo la risa.

En tanto, yo pensaba en nuestro muerto. Pero mientras más postergaba la noticia, más cobarde me sentía. Juzgaba pasada la oportunidad de darla, y no atinaba ya con la enmienda.

En esto, las hermanas me exigieron otro chascarro. Y dí otro, y otro en seguida, y varios más. Los nervios, las situaciones contradictorias en que la antipatía lo había ido invirtiendo todo, llevaron al naufragio completo mi voluntad.

Así pasó una hora, dos horas pasaron. Un chiste, una nueva broma sobre la dentadura de Melania, y risa, y más risa.

Hasta que Melania se levantó, amostazada.

—Voy a ver a Samuel —dijo.

Salió, y volvió en el acto. Yo había bajado la vista, trémulo. No quise ver su llegada.

Pero, contra mis temores, una carcajada general la recibió. Y la miré entonces: con

la mano extendida, y en la palma, como sobre una bandeja, la dentadura postiza, nos miraba a todos alternativamente, en gesto inverosímil, fea, grotesca, abierta la boca desdentada, más explayados aún sus ojos de ostras.

Hube de soltar yo también el trapo a reír. Y entonces gritó, estridente:

—¡Está frío! ¡Beh, beeeh! ¡Está frío! ¡fríííí!

¿Comprendieron Liduvina y Herminia? Creo haber notado en ellas una brusca conmoción. Pero, sea por la cara de Melania; sea por la dentadura ridícula que, en el pasmo, aquella mano seguía sosteniendo; o por una inversión más, por la inversión frecuente en muchas personas que ríen cuando se les da una nueva muy dolorosa, la risa de las muchachas creció incontenible, avasallante, convulsiva. Por momentos, alguna trataba de contenerse, alzaba la cabeza, volvíase hacia la hermana mayor; mas al verla tiesa y lívida, con la dentadura siempre en la mano extendida, tornada por el terror en

fantasma o estatua de piedra, el turbión de las carcajadas renovaba su invasión macabra, exasperante.

Hasta que yo intervine. Fui aproximándome a ellas, una a una. Fingí no darme cuenta de que reían a sabiendas de la situación, sino por error; y les dije que Samuel había muerto, que él era el *frío*...

Al pronunciar la palabra *frío*, ¡qué esfuerzos debí hacer para no reír también! Y confieso que ponía cierto malvado placer en repetirla.

Aquello, más que grotesco, fué trágico, una monstruosidad de locura.

Poco a poco, primero como un hilillo de agua, al que no tardó un segundo caño en agregarse, vino al fin el llanto. Lloraban Herminia y Liduvina. Lloró de súbito, con violencia histérica, Melania. Y las tres se doblaron por último, como en un derrumbamiento, presas de un llorar contorsionado, hipante, de vesania, que me estrujó de una piedad colérica el pecho.

Aun guardo en los tímpanos la sensación

irritante de aquel lloro, de aquellos gritos. Aunque aun se mezcla también a su desagradable evocación el ridículo estribillo con que gemía Liduvina: «¡Beeeh! ¡Hic, hic! Lo que más me duele es que la muerte de mi pobre hermano haya causado hilaridad. ¡Beh, beh! ¡Hic! ¡Beeeeeeh!

Era risible y era siniestro.

¿Cuántas horas pasaron así?

Avanzada la noche, ya vestido el difunto, hechos los preparativos del féretro y la capilla, regresé al comedor. Solo. Sentía necesidad imperativa de estar solo.

Me dejé caer en una silla baja. Los codos en las rodillas, sobre los puños la barba, me inmovilicé, horas acaso. Me encharcaba un sentimiento confuso, abrumado y torpe, negro y viscoso, y una pesadumbre como la de quien cedería una fortuna con tal de eliminar de su pasado ciertos sucesos en que actuó.

Y sin embargo, hasta hoy nada se borra en mi memoria. A menudo mi sensibilidad lo repite todo. Todō es aún presente. Lo

oigo, lo huelo, lo veo todavía: la luz de la lámpara se va extinguendo, devorada en su propia llama. Fuera, se ha entrado la luna; y del patio entran las sombras y se tienden en el suelo, como serpientes sigilosas. Irrumpe una ráfaga, se arremolina en torno a la lámpara, se deshace y se va. Un olor de pavesa reseca entonces el aire. A intervalos, viene del interior el risible «¡Beh! ¡Hic, hic! ¡Beeeh!», con antipatía ya majadera. Y no es caso de reír, porque mis fuerzas están ya desplomadas y un malestar de alma turbia me impregna como un miasma. Los chistes, las carcajadas, el no haber declarado a tiempo la muerte pesan en mi conciencia. Aun mi antipatía por aquellos desgraciados me acusa como un pecado innoble. Rechazo el remordimiento; pero no me puedo libertar del cansancio y la repugnancia. Y todavía, traidores, reptando como las sombras, surgen recuerdos, cosas viejas que vuelven: Samuel es un niño, se hospeda en casa, mis hermanos y yo deseamos amargarle la vida, que se marche del fundo a su

pueblo; y hoy le robamos el jabón, mañana echamos llave al baño, luego, en la mesa, le devoramos a prisa todo el pan; o en la noche, le rompemos un cartón con el cual se protege de los rayos de nuestra lamparilla, pues con luz, como nosotros, no consigue dormir él...

¡Ah!, me colmé de una opaca melancolía y quise llorar. Pero lloró sólo mi alma, porque mis ojos no pudieron. Y tuve frío en el corazón. ¡La antipatía, la irremediable antipatía!

Hasta que abrí los ojos, al primer rayo de sol que dió sobre mis párpados. Y salí al patio.

Con la claridad de oro y el fresco del rocío, fué aventado el pesar. Me cogió en cambio una vehemencia loca por volver la espalda y escapar cuanto antes.

Andrés, el pequeño rústico, estaba en el corredor, acucillado, la espalda contra la pared. No me vió al pronto. Fumaba y escupía sin cesar, mientras sus ojos cargados

de sueño parecían ver algo allá en el sol que tras las lomas de mi fundo subía.

Sonreí.

—Andrés. ¿En qué piensas? Apuesto que lo sé... ¿Eh? Confiesa...

Sonrió él también, cogido.

—Diga, patrón. ¿Lo enterrarán con los nuevos?

—Sí; seguro. Pero no te descepciones. Toma. Te compras un par a tu pie. ¿Qué te parece? En memoria de Samuel, ¿sabes? Bien. Y ahora, mi caballo. Corre, mi hijo.

Al fin había logrado reflorecer mi bondad. Experimenté una ruda alegría. Y mientras volaba el chico a ensillar, me quedé a mi vez mirando el sol, un sol rosa, nuevo, claro, el sol de mi fundo, de los míos, el de la simpatía. Con la felicidad irracional y absorta de un lagarto ligero, me estuve, llenándome de sol.

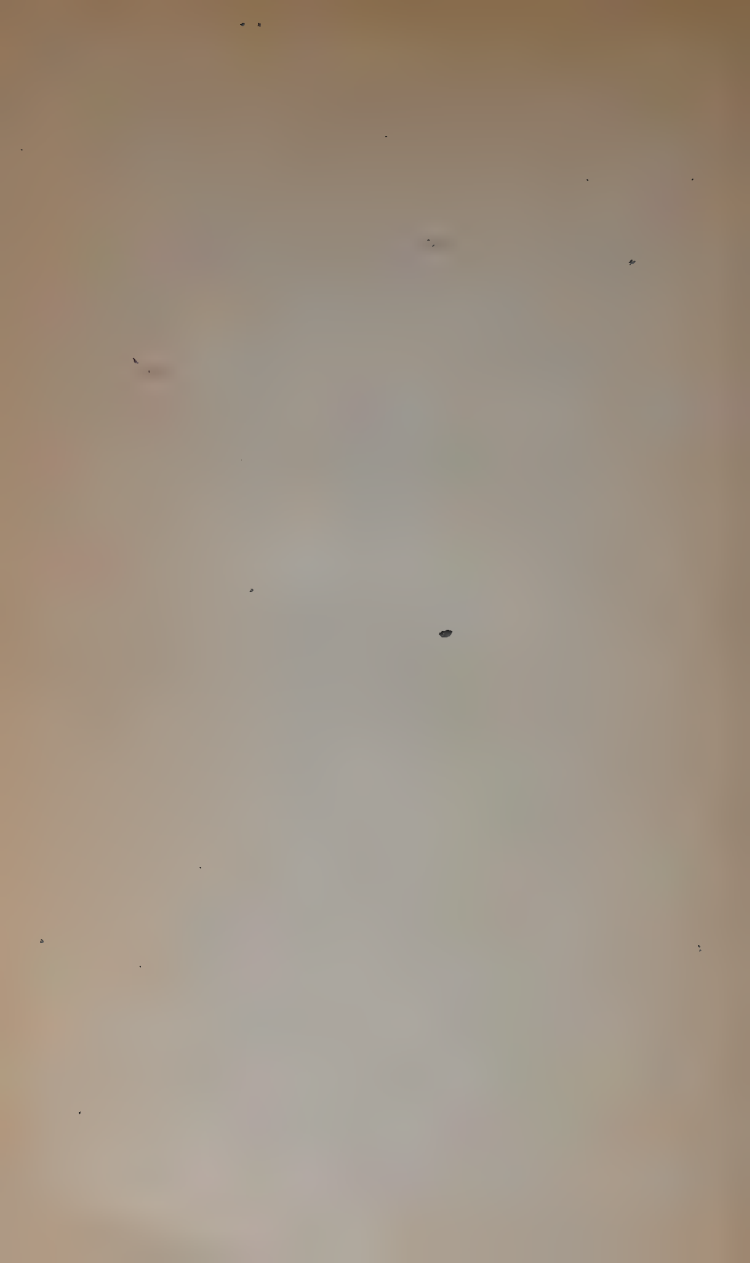
Luego Andrés me trajo el caballo. Monté. Me pasó el chico un durazno. Tenía sed y mordí ávido la fruta recién cortada. Su pulpa jugosa y fría entró en mí como cosa viva,

bañándome de bienestar. A mis labios iba pegándose obstinada empero la pelusa de aquella cáscara sin frotar, la áspera cáscara integral de la vida.

Pero limpiándola alegremente, piqué espuelas y partí a carrera, rumbo a mi casa, cara al sol, con un enardecido deseo de cantar.

1923.

COMO HERMANAS



Eran las nueve de la noche.

Un húmedo olor de agua y vinagre aromático refrescaba la atmósfera tibia. El cuarto, a causa de los preparativos de Laura para el teatro, estaba más iluminado que de costumbre. La lámpara desprendía por sus cuatro bombillas un torrente de luz; sobre las paredes tapizadas en blanco, destacaban con firmeza los retorcidos contornos del amueblado Luis XV y los mil cuadritos y monerías que son frívolo y amable adorno en el dormitorio de una soltera.

Encima de la colcha rosa del lecho, un

traje pintaba entre gasas un brochazo de azul pizarra; y al lado, Margarita, sentada en una butaca, esperaba que su amiga terminara su tocado. Entreteníase examinando un delicado abanico veneciano del siglo XVIII, con esa minuciosidad que exige el tiempo a quien ha de soportar una larga espera.

—¡Qué preciosidad! ¡Qué primor de abanico!—exclamó de repente, entusiasmada—¡Y qué perfección en las pinturas!

—Sí, es una obra de arte—repuso Laura sin volverse y mientras hundía, para esponjar el peinado, los dedos largos y pálidos en su grávida cabellera negra de criolla.

Luego añadió:

—No te lo ofrezco porque es de mamá; pero...

Margarita no la dejó concluir:

—¡Qué ocurrencia, niña!—dijo—Aunque fuese tuyo...

Cambiaron dos o tres frases más, de pura cortesía, y el silencio sólo fué entonces interrumpido por el sonido seco de los uten-

silios que Laura manejaba sobre el mármol del tocador, a medida que daba realce a sus encantos. Con un poco de carmín reforzó el garabatito de su boca, tornándolo ardiente y provocativo; luego limpióse los polvos de las pestañas, y los ojos resurgieron en su fulgor sombrío, mareantes y profundos como dos simas cuya oscuridad exigía admirar la tez pálida, de esa blancura desfalleciente y mate que da la vida entre tapices y cortinas.

De pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién?

—Yo, señorita. Una carta para usted—respondió la criada desde afuera.

—Margarita, hazme el favor: recíbela tú, que yo no estoy visible.

La amiga se levantó entonces y fué a recibir la carta.

—Es de Valparaíso—dijo, volviendo con ella.

—A ver... La letra es de Constancia Cabero... Déjala sobre la cómoda, para saborearla con calma cuando esté vestida.

—Constancia Cabero...—repitió Margarita, como escudriñando en su memoria— ¡Ah! ¿Es aquella amiga que tenías cuando te conocí? ¿Aquella que se paseaba contigo y ese joven alto en la Plaza?

—La misma. Una de las amigas que más quiero, una alhaja.

—Muy linda.

—Y de tanto corazón como hermosura.

—La verdad es que era preciosa— confirmó la otra con entusiasmo.—Y óyeme una cosa: cuando las veía yo a ustedes dos juntas con aquel joven, no acerté a explicarme nunca de cuál estaba él enamorado.

—Como que nosotras mismas no lo sabíamos. A las dos nos cortejaba. ¡Figúrate! ... ¡Ay! No sé... Si no peleamos, fué por el cariño realmente grande, entrañable, que nos teníamos. Cuando me acuerdo...

—¡Cómo!...¿De manera que a las dos...?

—A las dos.

—¡Qué divertido! Cuéntame, cuéntame eso...

Sin interrumpir el pulido de las uñas, ce-

dió Laura a la curiosidad de Margarita, y empezó a hilvanar recuerdos y acoplar detalles.

Evocó en primer término a Carlos Romero, que así se llamaba el galán. No era posible hallar tipo más seductor: alto, esbelto, de facciones correctísimas, elegante y distinguido; tanto, que ambas sentíanse igualmente atraídas por sus ojazos castaños y dormidos, de largas pestañas que dábanle una expresión acariciadora, avasallante, al mirar. Fino y oportuno en sus atenciones, descubría al hombre avezado en las costumbres sociales. Como decía Laura, tenía un refinamiento natural de expresión, una confianza de sí mismo, un no sé qué de exquisito en sus galanteos, que les ocasionaba subidísimo, incomparable deleite y hacía titubear en ellas la educación, el recato y... casi el pudor. No ignoraban que era algo tunante, trasnochador y hasta que trataba ciertas amigas poco escrupulosas, y, no obstante, esto le rodeaba de un aura seductora que las envolvía y las fascinaba. Aque-

lla vida adornada por aventuras, amoríos ilícitos y fiestas galantes producía en ellas, como en la mayoría de las muchachas solteras del "gran mundo", un encanto misterioso a la vez que mortificante. Cuando, en las noches, separábanse de él y pensaban en los goces que otras más libres que ellas le proporcionarían, quedábanse largo rato tristes y aun pesarosas de no haberle permitido, siquiera tal cual vez, alguna pequeña libertad de esas que el estricto recato llega a vedar con exceso a las señoritas...

Tras de estos silencios meditabundos, solían buscarse, presas de invencible necesidad de expansión.

—A mí—decía entonces Laura, en un arranque de intimidad—me entran unos deseos de ser libre, de acompañarlo a todas partes...

Constancia callaba unos momentos, y al fin añadía:

—Se me figura que esas mujeres deben

ser muy interesantes, muy zalameras en su trato, en su... ¡quién sabe en qué!... para que trastornen de ese modo a los hombres. Créeme, a ratos, pensando en ellas, me siento muy insignificante, sin atractivos poderosos, demasiado severa, desabrida, fúnebre en mi conducta y... llego a renegar de... No, no. ¡Por Dios! ¡Lo que iba a decir!...

—No, no lo digas. No hay necesidad de que me lo digas. Otro tanto me pasa a mí. Y son los celos, niña, los celos, que la hacen a una disparatar.

—En mí no son los celos; es rabia, mira, una rabia atroz. Yo, a esas mujeres, las pulverizaría.

—¿Por qué existirán? Debían prohibirse.

—Así es.

Siempre concluían de semejante manera estas confidencias; pero se repetían casi a diario. Los corazones de las dos muchachas se exaltaban, desfallecían, alternativamente sensatos y enloquecidos.

Cuando Laura, entre acomodados al corsé y retoques al peinado, hubo expuesto a Margarita, con cierto dejo nostálgico, aquellos amores, la curiosa amiga arguyó aún:

—Por lo visto, estaban ustedes muy enamoradas. Y, realmente, se me hace incomprendible que no hayan peleado nunca.

—¡Ah!—dijo Laura con vehemencia—Eso hubiera sido imposible entre nosotras, que nos queríamos tanto, que nos queríamos ya como dos hermanas.

—Pero también las hermanas pelean en tales casos.

—Pues nosotras, no. Por el contrario, habíamos convenido que cada una, por su parte, hiciera cuanto estuviese a su alcance para decidir a Carlos Romero en su favor, naturalmente que siempre que para soliviantarlo en sus inclinaciones, no usara de medios indignos.

—¡Ah!

—Ya ves. Con este convenio no cabían disgustos. Además, te repito, nuestra amis-

tad fué siempre demasiado firme para que un advenedizo la desbaratara.

Y Laura continuó así, recorriendo la gama de los elogios para ponderar aquella inquebrantable unión. ¿Reñir ellas, pues? No, ni pensar se podía en semejante absurdo.

—Aunque me lo hubiera ganado ella—concluyó—mi cariño habría sido el mismo, como es hoy.

—Y al fin, ¿en qué pararon los amores? —preguntó intrigada Margarita, mientras pasaba a Laura el vestido, recogido como aro, por encima de la cabeza.

—¡Pse!... en que nadie triunfó. Carlos fué llamado a Valparaíso por su padre, para hacerse cargo de sus negocios, y tuvo que abandonar Santiago sin decidirse por ninguna de las dos.

—¡Qué tontas! Lo más discreto hubiera sido que una de las dos renunciase.

—¡Qué quieres!... No se pudo. Varias veces lo pensamos. Una vez llegamos a sortearnos: pero en seguida anulamos el juego,

alegando trampas y jugarretas; aunque me parece que la verdadera causa era que ninguna podía sufrir indiferente el sacrificio de la otra. Nos queríamos tanto...

Pronto Laura terminó de vestirse y, cogiendo la carta, se acercó a la lámpara, a fin de leer mejor.

Su silueta robusta irradiaba en la luz, que se escurría por el descote fresco, afelpado y con marfileños reflejos. El vestido insinuaba las caderas de morena fogosa y caía en levísimos pliegues.

Con la esquelita entre los dedos, leía Laura en silencio, descubriendo a ratos, con una sonrisa, la línea brillante de los dientes. A su lado, Margarita, con mirada interrogadora, esperaba impaciente alguna noticia; sus ojos seguían el zig-zag que describían los de Laura sobre el papel. Aquel semblante de rubia vivaracha era un espejo de los gestos de su amiga; en él se repetían, con el poder del contagio, las muecas y las sonrisas.

De pronto, la sonrisa de Laura dejó de

ser la flama producida por el goce de las nuevas agradables; trocóse primero en indecisa, luego en amarga, después en irónica, indefinible, mientras las pupilas ávidas se dilataban para releer un trozo de la carta. Por último, los brazos se descolgaron, a lo largo de los flancos. Laura quedó abismada. Su respiración se había hecho fatigosa, su pecho se agitaba en reprimidas ondulaciones, cual si en su interior una tempestad de ira despertase. La cólera llevó de repente una oleada oscura a los ojos, que chispearon. Los labios se entreabrieron como para decir algo... Pero la muchacha vaciló, cohibida, unos instantes.

Al fin, no pudo reprimirse. Su ira estalló, desbordante, incontenible ya.

—¡Falsa, infame, ruín!—dijo, mordiendo las palabras.—No merecía mi cariño. ¡Desleal, mezquina, miserable!

—¿Qué te pasa? ¿Qué hay?—preguntó alarmada Margarita.

—¡Qué desengaños causan las amigas, hija! Imagínate que...

No prosiguió. La razón se sobreponía a la cólera. Limitóse a pronunciar, con tono desdeñoso y lágrimas en los ojos, estas palabras:

—Nada; falsías, que es mejor olvidar.

Estrujó la carta, la arrojó a un rincón y, sacudiendo altanera la cabeza para despejar de un rizo la frente, salió diciendo:

—Voy a ver si mamá está lista.

Margarita, alelada, no podía explicarse tan repentino cambio. ¿Por qué Laura, después de ponderar tanto las buenas cualidades de su amiga, de su *hermana*, como la había llamado, la insultaba ahora?

La curiosidad invencible de las mujeres la indujo a faltar a la buena educación.

Temblorosa, mirando a todos lados, recogió la bolita de papel, la estiró y leyó en uno de sus párrafos:

«Te llamará mucho la atención que nada te haya dicho hasta ahora de mis famosos *flirts*. Pues bien, Laura, se acabaron las tonterías. Estoy de novia. Y ¿a qué no adivinas

con quién?... Con Carlos Romero. Ya estoy pedida y el primero de septiembre es el día convenido para el matrimonio. Todo ha sido muy rápido...»

1907.

C A N C I Ó N

I

—Cuénteme, cuéntemé...

—¿Le cuento? Bueno. Este era un rey...

—¡Oh, sin bromas, Ramiro! No me haga rabiar.

—¡Ah! Pero... ¿usted rabia?

—Sí; soy muy vehemente.

Y de un taconazo, Olga hizo retemblar la barandilla de la imperial.

—Curiosa. Mejor, miremos el paisaje.

Rodaba el tranvía por el último serpenteo

que hace la línea, cerca ya de la Escuela Naval,

—Miremos. Parece que fuéramos en aeroplano. Imagínese que...

—¡¡¡Oh!!!

Esta vez el taconeó fué con ambos pies y sacó de su mutismo a misia Matilde.

—Niña, no seas tonta.

Ramiro murmuró al oído de Olga:

—No se puede contar delante de su mamá.

Y en voz alta dijo a la señora, empenachada y compuesta como una carroza fúnebre:

—Hay cosas que las niñas no deben oír, ¿no le parece?

—Así es.

—De veras, parece que fuéramos en aeroplano. Fijate, mamá.

Desde la imperial no se veía el canto del camino, y el tranvía parecía volar sobre el abismo. Porque delante se abría un barranco, todo reverdecido por las lluvias del ya pasado invierno. Allí pacía un burro cacha-

zudo entre la inquietud de tres cabras blancas y cacareaban algunas gallinas bajo las ropas tendidas en cordeles.

—¿Casas de lavanderas?

—Sí.

En varios planos escalonados, tajos angostos hechos en el barranco, se alineaban casucas de madera vieja, remendadas de hojalata y humeantes a pesar de no tener chimeneas. En el primero de estos tramos del abismo, cuatro viejas tomaban el sol, en corro inmóvil, ante la fauce negra de una puerta desvencijada. Más lejos, en lo hondo, puntos terrosos de chicuelos harapientos se movían semejando el revolar de las moscas, y una que otra falda de rojo percal o alguna blusa muy blanca se pintaba junto a la artesa.

El tranvía torció bruscamente la última curva; chirriaron las ruedas hasta causar dolor en los oídos, los pasajeros se recostaron perdiendo el centro de gravedad, el viento del mar sopló poderoso en la bocacalle... Habían llegado.

Bajaron. Ramiro contempló un minuto corto, desde el pequeño malecón, la mansedumbre de la bahía, dormida en aquella tarde dominical, y aspiró el olor de algas y brea que subía del puerto.

Luego preguntó:

—¿Aquel es el cerro que paseamos ayer?

Ambas miraron presurosas el caserío en promontorio.

—El mismo.

Se aglomeraban mansiones opulentas y casitas claras y coquetas; había escaleras que bajaban a pequeñas quebradas, acacias que sombreaban callejuelas empedradas, limpias y tranquilas, modestos campanarios, diminutos jardines suspendidos y barandales interiores con ropa en ventilación.

Ramiro, desde su vuelta a Chile, pocos días atrás, se había dedicado a reandar esos lugares ya casi olvidados. Olga y misia Matilde le guiaban, viniendo a la ciudad desde su chalecito del Barón.

—¿Bajamos a pie o por el ascensor?

—Por el ascensor —repuso misia Matilde.

A misia Matilde, ágil a pesar de sus sesenta largos, le gustaba más bajar a pie. Sin embargo, aquel día los pasajeros del ascensor no le mirarían la cabritilla arañada de las botas, sino los zapatos nuevos, charolados, y, sobre todo, la capota de plumas. Y prefirió bajar entre ellos.

La vagoneta se llenó. Pudieron sentarse Olga y misia Matilde. Ramiro quedó lejos de ellas, mirando abajo por las ventanillas. El horizonte refulgía tanto, que cegaba; los muelles se recortaban sobre la mar brillante, como escuadras o martillos enormes colocados sobre un tapiz de felpa color de acero; se quebraban en curva dirección las líneas de las calles principales, mientras las atravesadas serpeaban cerro abajo, angostando en el bajo hasta fingir pasillos de presidio; los escasos árboles figuraban esferas verdes pegadas al suelo; y los edificios del

comercio, regulares, altísimos, severos y apretados con avaricia de terreno iban creciendo y confundiendo sus contornos a medida que la vagoneta descendía.

En los cerros quedaba el Valparaíso simpático, donde hombres ya calvos juegan a la pelota con los muchachos, al pie de sonoras arboledas y sobre afelpadas praderas verdes, frescas y olorosas como aquellas de las pastoriles antiguas... el Valparaíso del hogar, donde tañen las campanas, juegan los niños y, de velo a la cabeza y rosario a la muñeca, las mujeres rodean a los curas en el atrio de las iglesias pobres.

Ramiro amaba los cerros: allí estaba la vida afectiva. Le aplanaba el espíritu la fiebre mercantil, enardecida con whisky o cerveza, que en el puerto consume las energías de los hombres. No dejaba de admirar aquel pueblo vigoroso de abejas incansables, que reconstruyó su ciudad en cinco años y compra, vende, fleta barcos y se engrandece;

pero... la grandeza de los afanosos no le sacudía el alma,

—¿Siempre se irá usted a Santiago?—le preguntó misia Matilde, ya en las calles del puerto, tan silenciosas los domingos como febriles y mareantes el resto de la semana.

—Me parece necesario.

—¿Cuándo?

—En la semana próxima, probablemente.

Olga fijó la vista en las losas del pavimento. No debió parecerle bien la nueva, pues continuó la marcha, muda, y, arrastrando la sombrilla de dorado gro, se limitó a dejarse acompañar.

Hablaba misia Matilde.

No era sino la abuela de Olga; pero como la hija muriera, la nieta había heredado aquel cariño, y poco a poco, en complicidad con la chochez de la edad, habíase convertido en su ídolo, en su pasión de vieja, en su fanatismo. El parto quitó la vida a la hija; y desde entonces, abuela, yerno y nieta formaron un culto escondido y creciente de amor. Luego murió también el yerno, Cos-

me Bilbao, asturiano sin grandes aspiraciones, a quien sorprendió la última hora en la trastienda de un almacén de abarrotes, cuando su fortunita, sin ser escasa, no había llegado aún a la soñada cifra. En vida de Cosme, vivieron un tiempo en el Cerro Alegre. Allí creciera Olga,—«Mi Olga,» decía misia Matilde—todo su cariño hoy en la tierra. ¡Cuántos trabajos! El padre, celoso de la educación de su chica, la encerró en un colegio de religiosas aristócratas. Pero la vieja no había podido resistir la vida sin la niña. Todos los días iba de visita al colegio, y, muchas veces ante la madre inspectora, le preguntaba: «¿Sufres?... ¿No te sienta el encierro?... ¿No te diviertes?... ¿Son muy pesadas contigo las madres?... Estás pálida.» Hasta que una vez, acaso porque las monjas juzgasen inconvenientes visitas e interrogatorios, se le rogó sacar a Olga del colegio. No, separada de la niña, no habría tolerado la existencia.

—Ahora, ya ve usted... ¿Que quiere subir cerros? La llevo. ¿Que a la Filarmónica

Española? En una salita me tiene usted, charlando con otras viejas, mientras ella baila, como la noche que lo conocimos a usted. Y tengo que llevarla siempre a la Filarmonía, porque los de la colonia— misia Matilde pronunciaba «la colonia» como quien dice los míos—dicen que no hay fiesta completa sin mi Olga. En fin, a ella le gusta; y yo, que por hacerla feliz... le raptaría un rey...

—¡Mamá...!

Misia Matilde se la quedó mirando, maternalmente orgullosa y tierna. Luego suspiró. Y aquel suspiro parecía decir: “Me cuestas la vida, pero el objeto de mi vida eres tú.”

Se habían detenido en la Plaza Sotomayor, donde tomarían un nuevo tranvía para volver al Barón.

—Pero es muy buena, mi hijita— concluyó.

Y le arregló solícita los encajes del cuello, que alborotara el viento.

—Y será muy feliz, señora, sin necesidad del rapto del rey.

Olga, que seguía jugando con la sombrilla, dijo fingiendo fatiga:

—¡Terminó el paseo!

El tranvía comenzaba a salir del paradero.

—Mamá, no detengas al señor Concha... Y se nos va el tranvía, por Dios.

—Bueno, señor Concha, ¿irá usted a vernos pronto?

—Mañana. Como que mi única obligación aquí es visitarlas a ustedes.

—Se acabará pronto. No se desespere. Santiago lo llama...

—Olga... no sea injusta.

—Se va el tranvía, niña; sube. Adiós, señor Concha.

—Hasta mañana, señora. Olga, deme siquiera la mano. ¿O se ha resentido porque no he contado el chascarrillo?

Olga sonrió, reprimiéndose. Al parecer, deseaba estar muy seria. Pero alargó a Ramiro la mano pálida, en cuyo anular giraba

el oriente de una perla. Y se lo quedó mirando, con las pupilas secas y cambiantes.

—Adiós.

—Hasta mañana.

Y no obstante sus propósitos de rigor y frialdad, la muchacha, para subir al tranvía, hubo de ser llamada una vez más por su abuela...



II

A las diez de la mañana bajó Ramiro del hotel.

Desembocaba la escalera en una de esas callejas atravesadas del puerto, en una cuadra corta, estrechísima y oscura, pestilente a suelo mal asoleado cuando no a las fritadas que mañana y tarde lanzan su tufo por entre las hollinadas rejas de los sótanos.

A no ser por la proximidad del mar, a toda hora pródigo en brisas frescas, aquel

avaro pasaje abierto entre altísimos edificios rectangulares y acribillados de ventanas, carteles y planchas de bronce, hubiese producido en Ramiro la sensación angustiosa que han de sentir los emparedados.

En la puerta se detuvo, dando el último retoque a las uñas. Tenía frío. El baño, acaso demasiado largo, pedíale andar. Como tenía que poner un telegrama para su primo Luis Felipe, se dirigió al telégrafo.

Vestía traje y sombrero castaños, que armonizaban con el pelo, de igual color, y con las grandes pupilas atabacadas. Tenía treinta años, fuertes los hombros y aristocrático el andar. Entre flotantes bocanadas de humo blanco, fragante, la boca crespada y ardiente hablaba de placer y de dolor. Los grandes ojos, luminosos bajo las cejas firmes, miraban cálidos, a la vez íntimos y dominadores. Estaba siempre pálido, con palidez débil, alterable a la menor emoción. Eran contados sus amigos; reía sin estrépito y nunca se mostraba expansivo fuera de la intimidad. Solía pasar a menudo por inepto

y sorprender luego con la certeza de sus juicios.

En el telégrafo, ante la cuartilla prolijamente festoneada de advertencias, meditó largo rato. Luego, frunciendo el ceño, escribió decidido.

Sí, sí; hacía bien. Luis Felipe le quería de veras, y él no contaba entre sus defectos la ingratitud.

En el resto de la familia no quiso pensar. Sus padres habían muerto, siendo él un niño; y sus abuelos, viejos católicos de moral rancia, rígida e infanzona, quisieron hacerle sacerdote; pero a él molestárale tanto la gramática latina como la teología y como el tufo de los cirios humeantes, y... ¡Bah! Él jamás quería evocar aquel pasado que fué causa de una riña definitiva con los suyos y de que se marchase violentamente al extranjero un día, sin más haber que sus veinte años, su rebeldía y su sed de amar.

Por allá fué un pobre humilde y laborioso, un rico aturdido y gastador. Emprendió, en

la montaña del Perú, una empresa cauchera que fracasó por exceso de honradez; y en Buenos Aires sirvió de repórter en un diario y vivió entre damas caprichosas, entre artistas y aun entre ladrones. En todas partes amó y olvidó. Fué muy amado de las mujeres: todavía solían llegarle de lejanas tierras cartas llenas de llorón y exagerado desconsuelo, pero reveladoras de que su recuerdo, con la fatalidad de un sortilegio, dormía aún en el fondo de muchos corazones, como un romántico reflejo de luna en la hondura encantada de una fuente.

Su vida espiritual, siempre intensa, tuvo frecuentes llamaradas que mucho tiempo le desorientaron. En una época le dominó la timidez, luego el orgullo y aun la vanidad. Enloqueció de dolor y de placer, tuvo grandes entusiasmos y pasmosas frialdades... Por fin, un día, cansado, hizo alto en su camino, miró atrás, sonrió a sus éxitos y a sus caídas y vió que había llegado al punto en que nada nos sacude con pasión primitiva, en que todo empieza a aspirar a la elevación

y en que lo demás nos provoca sólo una mueca, mueca de asco unas veces, de dolor muchas, pero... mueca, al fin.

Y volvió a Chile, siempre con los ojos vueltos hacia el amor, seguro de que en él, nada más que en él, debemos depositar... siquiera nuestra esperanza.

Salió del telégrafo a la calle de Prat. En la Bolsa repiqueteaba un timbre anunciando la última rueda de la mañana. Los corredores pactaban en las puertas de los *bars*, en mitad de la calle, apoyados en los postes telefónicos...

De pronto, se encontró con Gastón Larca, un dibujante que con él llegara de Buenos Aires, días atrás.

—¡Hola, Concha!

—Voy a echar un paseo. Me quedé mucho rato en el baño y estoy helado.

—¿Ejercicio pide el cuerpo? Vamos. Yo voy al periódico. Porque ya me tiene usted

ganando dinero: dibujo para una revista ilustrada.

Se quedaron charlando unos momentos.

—¿Y está contento?

—¿En Valparaíso?... Casi.

—¿Cómo casi?

—Estoy en mi tierra y en mi casa... Pero aquí no hay ambiente artístico. Los noctámbulos son viciosos, borrachos y brutales, aquí... ¡Mi bohemia!

—Pero ¿no soñaba usted con una vida regular?

—¡Es que la bohemia, esa celosísima querida del artista, es tan tirana, a pesar de vestirse de libertad...! Tengo ratos de tedio.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—A veces estoy irascible. En nuestra vida errante, suspiramos por el hogar, por la plazuela en que correteamos con otros chicos del barrio, por la camita casta donde tuvimos sueños blancos y nos dió la «alfombra» ..

Ramiro sonrió.

Y continuó el dibujante:

—Suspiramos por el cuartito en que por prescripción del médico, muy abrigados. jugamos a los soldados con la abuela; y sin embargo, después...

—Usted debía ser literato.

—Soy dibujante —replicó, entre festivo y orgulloso, Labarca.

—Pues yo no vuelvo a ningún hogar, y lo lamento.

—Quién sabe si es mejor para usted... Porque no tardamos en ver que ese contento...ya no puede ser. Traemos una enfermedad que sólo nosotros comprendemos. Otros dormitorios, sin soldaditos de plomo, con cintas y horquillas esparcidas entre nuestros pinceles sobre la mesa; otras manos que, en vez de abarquillarnos las virutas de oro, nos despeinan las disimuladas canas; otros cantos, en fin, escuchados, no mientras nos amodorrábamos en una poltrona honda, viendo correr los dedos venosos de la abuela sobre las amarillentas teclas del piano, sino al recibir los primeros rayos del sol por una ventana que abrían manos juveniles para

regar el minúsculo jardín suspendido en el balconcillo del quinto piso... Y así, mil cosas, mil sabios lazos tejidos por la bohemia con cabellos de mujer y rayos de sol, con claveles y con besos...

—Tiene usted un sentimentalismo literario.

—No se ría.

—Véngase a Santiago.

—Más tarde, quién sabe... Vámonos.

Y echaron a andar hacia la calle Esmeralda.

Ramiro, en el corto tiempo que había tratado al pintor, tuvo sobradas ocasiones de apreciarlo. Si sufría neurastenias pasajeras, durante las cuales tornábase retóricamente sentimental, causa de ello eran su temperamento artístico y su gran corazón. Llegó a quererle. Ambos tenían la misma edad y algunas afinidades de carácter: eran muy afectivos, apasionados y sensibles como mujeres. Ramiro juzgó la tristeza del pintor, muy natural: en su pecho, rico en ardores,

verdadera almoneda de pasiones, hacía falta un ídolo.

Y se lo dijo entonces.

Labarca no tuvo tiempo de contestar. Por una bocacalle apareció una mujer.

—¿Usted sabe quién es?— preguntó Ramiro.

—No; ni me interesa.

—Pues a mí, sí.

Era pequeña, de andar menudo, blando y gracioso, rostro en forma de almendra, casto mirar... Redondeadas e incentivas sin embargo las frágiles caderas... Pero tenía más de mujer que de hembra... Vestía siempre de negro, estilo sastre, con manguito y gorro de nutria.

—Parece viudita, por el traje.

—Y por las formas, soltera.

—Sí; es soltera, no cabe duda.

Al pasar, miró con simpatía y gran recato a Ramiro.

—Observémosla.

Se detuvieron en la esquina.

—¿Está usted enamorado?

—¡Psel...

Todos los días, a esa hora, Ramiro la encontraba. Ella revelaba trastorno al verle, y a Ramiro se le antojaba que aquella impresión tumultuosa por él sentida en el pecho a cada encuentro, también la sentía ella.

—No vuelve la cara.

Era cierto; pero de trecho en trecho se detenía delante de alguna tienda, y advertíase que no miraba los géneros, sino alguna imagen que se reflejaba en el cristal de la vitrina...

—Sígala.

—No puedo. He de volver en seguida para almorzar y partir al Barón, donde tengo anunciada una visita.

Pero como la anónima seguía el camino del hotel, Ramiro la siguió.

Y en la puerta, viéndola perderse de vista, lamentó muy de veras la falta de tiempo...

III

En las tinieblas del dormitorio entró misia Matilde, la vela encendida en una mano y el sombrero azul de Olga en la otra. Dejó el sombrero sobre una silla, prendió el gas y gritó:

—Ya está, niña.

En seguida puso la palmatoria sobre la mesita de noche y sentóse a la orilla de la cama, pensativa y soñolienta, cruzadas por encima del vientre las manos huesudas, que

asomaban por las negras bocamangas como dos leños secos y terrosos.

—Olga—volvió a gritar—ya es tarde. Y mañana tienes que levantarte temprano. ¿Dónde estás?

—En el comedor, mamá, tomando agua.

La vieja bostezó. Por toda dentadura, pendían de su encía superior dos colmillos como dos goterones de cera. Se santiguó antes de cerrar la boca y esperó, entretenida en leer la caja de fósforos.

Ella, que leía *Mortón* en los frascos de pimienta y *Londón* en el forro de los sombreros de copa, no concebía que hombre alguno pudiese pronunciar aquellas palabras suecas de la caja de fósforos. ¡Un idioma con tantas kaes y chees!

—¿Me abriste la cama?—le preguntó al entrar, Olga.

—Voy, hija.

Y sus dedos nudosos plegaron la sábana deshilada. Luego volvió a su postura, parpadeando de sueño. El pelo gris, tirante hacia el moño alto, le despegaba más las

orejas del cráneo; la blusa de paño negro hacía la más seca de pecho. Pero aquel traje modesto y su delantal blanco eran sin duda por ella más amados que la capota de plumas que le pesara el día entero en la cabeza.

Olga corrió la cortina del balcón, y ante la luna del ropero, comenzó a desabrocharse el traje de hilo azul pálido con encajes blancos.

—No te duermas, mamá.

—¡Ay, niña! Estoy rendida.

—Tú, tan ágil, más ágil que yo, ¿rendida?

—¿Te parece poco lo que llevamos andado en estos días por esos cerros? Por suerte, hoy hemos terminado.

Hubo una pausa en que sólo se oyó el gemir distante de un acordeón.

—Mamá, ¿qué piensas tú de Ramiro?

—¿De él?... No sé. Casi no lo conozco.

—Por lo que lo llevas tratado.

—Hay necesidad de vivir con una persona para conocerla.

Callaron otro instante. Olga, en calzones,

el corsé tirado en el sofá y aún moldeados los senos en la camisa por la presión de todo el día, se trenzaba el pelo colgante por encima de un hombro.

Aquellos dedos largos de sonrosadas yemas tenían sobre la crencha negra temblores de plumas blancas.

—Muy buenmozo es, demasiado buenmozo. Sabe Dios la clase de diablo que será.

—No, mamacita; si tiene una expresión de bueno, de tierno, en los ojos...

—Las caras nos vemos, hija, y no los corazones.

Olga soñaba, inmóvil en medio del cuarto, las manos en las caderas, los brazos largos y frágiles recortándose sobre la madera color de sangre, del ropero imitación imperio.

Tenía las mejillas poco llenas, la tez marfiléa y seca, delgada la boca, pequeña la frente y los ojos grandes, negros, calenturientos, envueltos en sombra y con esa expresión suave y un poco triste de los niños excesivamente mimados.

—Pero... hay algo en los corazones de los demás, que una lo siente, algo que da pruebas, aunque no se oye traducido en palabras ni se palpa convertido en hechos... Mamá, cuando tú conociste a mi abuelito, a tu marido, cuando lo viste por primera vez, ¿no sentiste ese algo... esa correspondencia íntima, muda...?

Misia Matilde tenía de aquello un recuerdo muy vago. Además, estábele alarmando ya el excesivo interés de su nieta por Ramiro Concha.

—Acuéstate, niña; lávate pronto.

—Espérate, mamá, conversemos.

—Te veo demasiado entusiasmada por ese hombre. Piensa en que mañana se va y...

—Puede regresar.

—Sí; espéralo.

—¿Se irá a Santiago? ¿Volvería, si se fuera?

—Averígualo.

—Si encontrara un trabajo ventajoso aquí...

—Quién sabe si hasta novia tendrá.

—No...

—Pero, Olga, por Dios. Lo has conocido sólo hace seis días, en un baile, donde por fuerza todos los hombres se ponen galantes... y porque te acompañó toda la noche y ha venido a visitarnos y ha pasado con nosotras todos los días, ya crees, ya piensas... ¿Te ha dicho algo concreto, siquiera?

—¿De qué?

—¿Qué sé yo?... De amor, zalamerías...

—No, nunca.

—¿Entonces?

—¡Ay, esta noche no quisiera que me dijese nada desagradable!

—Anda, lávate y acuéstate.

—Hoy no me lavo.

Y de un salto, la muchacha, que ya se había puesto la camisa de dormir, se coló en la cama.

Siguió un hostil y triste silencio.

Afuera ladraba un perro y cantaban lejos los gallos.

Misia Matilde palpó la caja de fósforos en el bolsillo de su delantal.

—Buenas noches. ¿Te has molestado?

—¿Por qué?

—Dame un beso.

La abuela besó a la muchacha, cerró la llave del gas, cogió su vela y se fué.

Su sombra, agigantada, recorrió la pared tapizada en papel salmón a listas, hasta que la puerta se cerró tras ella y el dormitorio quedó a oscuras.

Afuera, el perro seguía ladrando y cantaban siempre los gallos...

IV

—Y todavía no es tiempo de que haga tanto calor.

—¡Qué será en pleno verano!

—¡Ave María!

—Pero es peor abrir esas ventanas.

Y era verdad: del mar no vendría el más leve soplo de brisa. En cambio, entraría el sol en el comedor... y daría en el viejo piano de estudio; lo que para misia Matilde,

ordenada y cuidadosa, hubiera sido mortal pecado.

Ramiro, solícito, abrió de par en par la puerta del lado de tierra, mientras lo mismo hacía Olga con la ventana. Daban a un pequeño balcón rústico, a cuyos pies nacía el emparrado verde tierno, para ir a perderse bajo la mancha rosa de los durazneros en flor.

—Siéntese, Ramiro... Tú, mamá...

Olga ofrecía sillones de junco, arrastrados hasta el umbral de la puerta por ella.

—Preciosa vista.

—Todo está muy descuidado.

—Y ese borracho de José Dolores, sin venir.

—Podíamos ir, Ramiro, a llamarlo. Así conocería usted este arrabal.

—¿El señor Concha no lo conoce?

—No, señora. Y no dejará de tener sus encantos, el «arrabal», como la modestia de ustedes quiere llamarlo.

—Pues iremos, si usted lo desea.

—Será cuando ya haya bajado un poco el sol, niña.

—Para lo que falta...

Mucho habían conversado en el *lunch*. Un mutismo perezoso y fatigante pesaba ya en la tertulia. Había contado Ramiro anécdotas de sus viajes, y Olga, que tan arrobada las oyera, tenía perdido sin embargo su buen humor ahora. Quizás la conversación no había rodado a un punto para ella de más inmediato interés.

Mientras Ramiro fumaba, con las pupilas abismadas en la inmensidad luminosa del cielo—un cielo que fingía elevadísima bóveda de mármol azul con venas blancas—ella rompía distraída el encaje de su pañolito.

Junto al pasado novelesco de su amigo, ella revisaba el suyo... ¡tan falto de relieve!

¿Conmociones? La muerte de su padre, la primera comunión, alguna revelación fisiológica en un corrillo de colegialas precoces... ¿Trabajos? Los ejercicios de piano, ascensión fatigosa de metódicas armonías; la pintura, flores y más flores... ¿Cariños?

La ternura de su abuela, santa y abnegada ternura, pero... tan poco eficaz para calmar ciertas ansias nacientes... Sentíase débil y abandonada, y ocurríasele que Ramiro Concha, espíritu templado por aquel azaroso vivir, habría de ser baluarte firme y dulce para que toda mujer pudiese descansar, amparada y defendida contra los problemas del porvenir, de ese porvenir que a ella se le presentaba como un fantasmagórico y martirizante signo interrogatorio puesto al frente de sus ansias infinitas.

Los minutos pasaban lentos, con la misma pereza con que las espirales de humo del cigarrillo se disipaban en el aire inmóvil y caliente.

Misia Matilde ayudaba en el arreglo de la mesa, dirigiendo a la sirvienta. Las moscas huían del fondo de las tazas e iban a molestar a los contertulios, pegándoseles testarudas en la piel.

—¡Jesús, qué bichos!

—Tendrán ustedes algún corral cerca.

—La caballeriza de un señor millonario de Viña del Mar. Aquella.

Ramiro se irguió, mirando... no se sabe si aquella mano leve, transparente a la luz, como una rosa, o el lugar que ella señalaba, un paralelógramo cercado de rosados ladrillos, donde un gañán cepillaba un caballo y retozaban dos cachorros de mastín.

—Pero, Ramiro, usted se aburre.

—¿Y por qué?

—Sí; aquí hace sueño. Vamos. A buscar a nuestro jardinero. Lo conocerá usted; es pescador, carpintero y horticultor.

—Pintorescos cargos.

—Voy por mi sombrero.

Misia Matilde levantó las manos, con la parsimonia de un sacerdote que oficiara, y exclamó:

—¡Con este sol!

—Traeré la sombrilla.

Y Olga se internó en las habitaciones sombrías, volviendo poco después con un sombrero semejante a un enorme pétalo de

rosa, la sombrilla y el sombrero de Ramiro.

—¿Vamos?

—Vamos.

—No vuelvan tarde. ¡Qué chiquilla! No te reconozco.

Cuando bajaban la escalerilla verde, aun misia Matilde, con la mano a guisa de visera, repetía en el corredor sus recomendaciones:

—Si van a la playa, cuidado con mojarse los pies. Yo los veré desde aquí... No te olvides, Olga, de que José Dolores tiene un perro muy bravo.

Habitaban, Olga y su abuela, un *chalet* de paredes blancas y verdes barandales, pequeño, cerrado al frente por una reja oculta en la maraña de una enredadera salpicada de azules suspiros.

Hoy, todavía, este *chalet*, con aspecto de juguete, siéntase al sol, mirando al mar, en el canto de un barranco tajado por varios caminos en zig-zag. Desde sus corredores otéase todo el balneario vecino, desparra-

mado entre las faldas de las colinas y el mar, con su caserío abigarrado asomando entre jardines, caprichosamente claveteado de minaretes y atalayas. Delante del barranco serpentea la línea férrea que comunica con Santiago, y el camino se borra en la playa de arena.

Allí, Olga, Ramiro y misia Matilde pasaron más de una tarde plácida, en sillas de lona listadas de blanco y rojo que sacaban fuera de la verja. Y quedaban, a sus pies, la pendiente, amarilla de abrojos, rayada por los senderos y manchada por algunos botes sujetos de modo inverosímil; arriba, el sol próximo a bajar; a la izquierda, un caserío de pescadores; a la derecha, abajo, las negras fundiciones empenachadas de humo eternamente; al frente, la playa húmeda y brillante, donde los pescadores encallaban sus barcas y pululaban mujeres y niños que desde arriba se veían apenas como puntos de colores.

Aun subirá el eco de sus voces tal cual vez, y, como entonces, ha de interrumpir la

sinfonía de inmensidad que se levanta del mar, un mar azul en la lejanía y verde en la proximidad, donde las olas galopan hacia la playa, encrestadas de blanco, persiguiéndose, persiguiéndose sin alcanzarse jamás, como las filas de un escuadrón encantado y fantástico.

En cuanto la sombrilla roja y el blanco sombrero de paja se perdieron entre la negruzca ranchería de pescadores, misia Matilde volvió al comedor.

Como siempre que alguna inquietud la mordía, habló sola:

—¡Hija, hija, cuánto has cambiado en estos días! ¿Qué tendrás reservado, Dios mío, con el conocimiento de ese hombre?

Y mientras ordenaba, sobre el tapete grana de la mesa ya despejada, bordados, tejidos y acuarelas, labores de su niña lucidas poco antes a Ramiro, prometía una novena con lámpara y flores a “su Santísima Virgen María”, para que le concediese ...aun no podía precisar qué...

V

El rapazuelo tomaba carrera, daba el salto y, cayendo en medio con los pies juntos, rompía el cristal del charco en mil líquidas astillas que hacían huir entre risotadas a los demás.

—¡Eh, te mojaste!

—¡Guarda, «Mechas Bravas»!

—¡Guarda, ho'... que pasa gente!

Ramiro les preguntó:

—¿Y qué juego es éste?

Los rapaces miráronse las caras, apretando la risa dentro de los carrillos tostados. Estaban descalzos, desgreñados y sucios; pero la risa y el mirar eran limpiísimos.

No contestaban.

Olga dijo:

—Pero ¿no lo ve usted? Juegan a ensuciarse. Subamos.

—¿Es por aquí?

—¡Qué chiquillos! Mírelos.

Como una bandada de pájaros, habían echado a correr. De pronto, desde lejos, uno de ellos se volvió e hizo a Ramiro una mueca obscena que fué celebrada con un coro de risas por los demás.

—Subamos.

Comenzaba la cuesta con dos peldaños de madera carcomida y negra, y continuaba en tres enormes vientres pardos, limitados cada cual por nuevas series de escalones. Mirándola de abajo, creíase llegar por ella al cielo, un cielo plácido, azul con doradas pompas.

Por el solo hecho de subir entre dos filas

de casucas no podía, pues, llamarse calle. Pero calle del Timón la nombraban, no se sabe por qué, los pescadores que después de ganar en tres días sustento, alcohol y tabaco para toda la semana, allí remendaban sus aparejos, pintaban sus botes, hacían gemir el acordeón y vaciaban el odre al tabernero de sábado a lunes... acaso por distinguirse, siquiera en esto, de cetáceos y lobos marinos.

—Sin duda en otro tiempo, este lugar tuvo su leyenda; pero la superabundancia de nuestros héroes ha ido ahogando cuanto de pintoresco y poético lucían estos pueblos, aun en los nombres de sus calles.

—Calle del Timón... Subida del Timón, dicen también.

—Y es más propio.

—Usted, Ramiro, es como yo, que prefiero las leyendas de viejas a la historia.

—Es que hoy toda esta gente habla de Prat, pero ignora cómo vivieron sus abuelos.

—¡Ay, ay, ay!

—Y todo eso...

—¡Ramiro, ave María, qué poco galante! Me deja... ¡Qué divertido!... Mire... ¡Presal

Por el charolado tacón, uno de los zapatitos de aquella niña fresca y diáfana, se había incrustado entre dos maderos musgosos y resbaladizos de un peldaño.

—Dispénseme. A ver...

En cuclillas, Ramiro intentaba librar de la trampa el nervioso pie. Mas únicamente lograba enterarse de que el tobillo de su amiga le cabía entre el pulgar y el índice y de que la piel que la media transparente entibiaba, era blanca, con la blancura de la leche débil.

—Me hace cosquillas. Cuidado. No, así no.

—Convendría más desatar. Yo sacaría en seguida el zapato solo.

—Bueno, sí.

—Ya está.

Ramiro había deshecho el lazo. Y Olga, libre ya, encendida y saltando en un pie, fué

a recostarse sobre la pared más próxima, una vieja y vencida pared que inflaba su panza encalada bajo el alero de un tejado en donde la hierba crecía.

—¡Qué contratiempo! ¡Seré tonta!

—Ya, ya salió.

—Gracias.

—¿Se lo pongo?

—No; pásemelo.

—Permítame.

—No; pase, Ramiro.

Pero él permaneció inmóvil, anhelante... Miró a todos lados... Nadie había en la cuesta. Entre los pescadores debía ser costumbre comer a esa hora, porque de las casas venía ruido de platos y olor a viandas.

—Permítame—insistió.

Los rayos del sol, ya oblicuos, teñíanle de fuego el rostro. Y sus ojos estaban fijos en Olga, secos y chispeantes, extraños, a tal punto extraños que, azorada, ella palideció, en tanto que repetía maquinalmente:

—Pase, señor Concha, pase...

—Yo la calzaré. ¿Me permite?

—No; eso no.... Deme.

—Sí... Sí...

Siempre anhelante, con voz cada vez más baja, Ramiro seguía rogando:

—Sí... Sí... ¿Por qué no?

Y como las alas de dos mariposas negras que sobre una rosa de nieve palpitasen, las pestañas de la niña sombreaban las mejillas ahora lívidas.

—Vamos, sí, que puede resfriarse.

—Ramiro, no; por Dios, no.

—Sí, sí, sí...

Olga temblaba; sentía un miedo vago y, a la vez, algo como un suspiro interminado que le llenaba el pecho, impidiéndole respirar y elevándole hasta la garganta el corazón.

El se aproximaba, lento, con el zapatito en la mano y el sombrero echado atrás. Su voz se había hecho suspirante y llena de calor.

—Déme, Olga, este placer. De rodillas, así, como los pajes a las princesas, sin que

los dedos rocen siquiera la sagrada persona, la calzaré.

Defendíase la niña, escondiendo el pie bajo la falda de leve franela blanca. Y aun ocultaba las manos, medrosa, en esa bella e inocente actitud de los niños que no quieren dejarse tocar.

Ramiro rió francamente:

—¡Qué chiquilla!... ¡Ja, ja!... ¡Si está temblando!

Entonces rió ella también.

Su risa, nerviosa y cristalina, se quebraba con la emoción del llanto.

Y bajo la falda, indeciso, asomó el pie, que momentos más tarde, con beata unción, Ramiro calzaba sobre una de sus rodillas.

—¿Ve usted? No era más.

—Gracias.

—Las debo dar yo, me parece.

Reanudaron su ascensión por la cuesta, un rato en silencio. El se había dejado el sombrero atrás, para que la brisa le refrescara la frente ardorosa y seca; ella, serena

ya, comentaba en su interior aquel primer episodio galante.

¡Qué tonta! Sentir miedo por cosa tan inocente... y hermosa. Porque muy hermoso y novelesco encontraba ya el paso... y como tal, propio de Ramiro, a quien después de todo era natural conceder ciertas libertades prohibidas para los torpes y perfumados horteras de la Filarmónica Española.

De pronto interrogó:

—Ah, dígame, Ramiro: ¿Es verdad que tiene usted novia en Santiago?

—¿Novia?... ¡Novia!

—Sí; no piense tanto para contestar.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Ni me responda con otra pregunta. Eso no se hace. Diga, ¿es verdad?

—Pues no; no es cierto. Ni en Santiago, ni en ninguna parte.

—¡Ah!

—¿Lo duda?

—No. Pero... querrá usted a alguien...

—Tampoco, es decir, no lo sé...

—¿Ha querido usted alguna vez?

- ¡Qué preguntas! Está usted terrible.
—¿Muy indiscreta?
—No. Es que... Y usted ¿ha querido?

La señorita Olga Bilbao, aunque de tan humilde cuna, muy señorita, no había querido. Vivía en un ambiente que, a causa de los hábitos aristocráticos adquiridos por ella en el colegio de religiosas, érale hostil y, si no insufrible, apenas tolerable. Sus dos únicas amigas de la niñez, las dos únicas con quienes congeniara, pertenecían a la clase privilegiada por la cuna. Hoy, una de ellas no la saludaba; la otra vivía en la capital. La señorita Olga Bilbao sólo hubiese amado, pues, a un hombre fino, elegante, distinguido, con ingenio... Y en su mundo no lo había.

Así lo dejó entender a Ramiro, que arguyó:

—Nunca faltan, sin embargo, un par de ojos que miran al pasar y en los que, al en-

contrarnos con ellos, creemos ver algo dentro, algo que llama, que marea y atrae como un abismo.

—¿Y si los vemos unas pocas veces, para perderlos luego de vista?— preguntó con la voz empañada Olga.

—Cuidado con esos escalones. Déme la mano. ¿No teme quedar otra vez presa?... Quedamos en que no se ha enamorado usted nunca.

Prudente, Ramiro se había retirado de aquel terreno.

Sintió entonces ella que la sangre subíale a la cara. Y, rápida, nerviosa, se apresuró a decir:

—Pero era yo la que preguntaba.

—A ver... ¿Qué?

—Eso. Si alguna vez...

¿Quiso Ramiro estar desalentador y cruel? ¿Algún cambio radical, por secreto y repentino motivo, habíase operado en su voluntad?

Repuso:

—¡Ah, sí! No puedo negarlo. Varias veces.

—¡Varias veces! ¿Acaso se puede querer de veras muchas veces en la vida?

—A esos amores únicos y eternos los ha llamado alguien “obras maestras de la naturaleza.” Y son muy escasos, Olga, muy escasos.

—Así lo veo.

—¿Está todavía muy lejos la casa de José Dolores?

—Falta media cuadra. Entonces, ¿hay más amores fuera del falso y el verdadero?

—Existe sólo el verdadero.

—Muy bien.

—Eso sí que, como todas las personas se diferencian entre sí, unas lo sienten de un modo y otras de otro.

—Y usted, hoy por ésta y mañana por aquella; puesto que tantas veces ha querido. ¡Ay, me va pareciendo que no sabe mi amigo Concha lo que es el amor!

—¡Diablo, diablo, diablo!... ¿Y usted lo sabe?

—¡Pse! Lo presiento, lo estoy presintiendo.

«Lo estaba presintiendo»... Debió estar muy distraído Ramiro en el análisis del amor; porque no se detuvo a pedir la explicación de aquel hablar en presente y, sin advertir siquiera el nuevo bochorno de Olga, dijo, dando a sus palabras un tono sereno y cerebral:

—Pues yo no lo distingo bien todavía. Es algo muy complejo. Apenas puedo asegurar que he amado, y siempre de verdad, entregándome más o menos, pero, en fin, entregándome... Por esto he sufrido tanto como he gozado. Hay quien asegura que sólo amamos una vez, la primera, y que luego experimentamos únicamente reacciones de aquel amor que para siempre quedó latente, allá, en el fondo de nuestro corazón. Para mí, el amor es más bien algo inherente a nosotros, un sentimiento inseparable, esencia y razón de la vida, y el cual, cumpliendo nuestra misión de vivos, como una simiente vamos sembrando en diversas tierras, las

diferentes mujeres que logran conmovernos. En unas, la semilla prende y brota vigorosa; en otras, germina y se debilita luego; en algunas, en germen muere; en pocas, muy pocas, crece y se eleva más allá de lo material;... y en alguna,—debe ser así,—se realiza la «obra maestra»... Cuestión de fertilidad o pobreza de la tierra. Cuestión de que la fuerza del grano y la capacidad de la tierra coincidan alguna vez.

—Muy bien, me parece muy bien. Así es que el corazón del hombre resulta un granero y el de la mujer un terreno. ¡Vaya!

—O viceversa.

—Pues hará bien el hombre si compra salitre. La semilla sola, en tanta tierra estéril...

Un mohín amargo y burlesco selló la reticencia.

Ramiro sonrió al repetir:

—He dicho: o viceversa. No hay que fijarse tanto en las palabras. Como dije mujer, pude y debí decir ser amado.

—Ahora sí; porque, a mi entender, se trata de algo recíproco.

—Eso . . .

—¿No?

—No siempre.

—¡En fin!

—Para amar, no precisa ser amado. El amor no es siempre aroma de dos almas que comulgan en lo humano para elevarse a lo sublime. Cuando mucho, esto, que es la «obra maestra», podría ser el ideal de los enamorados. El amor, para nadie tiene realidad fuera de su yo propio. Es una batalla en la que sólo combaten los heridos. Deseamos conquistar cuando hemos sido conquistados; anhelamos hacer nuestro un corazón porque él nos ha hecho de antemano víctimas de un vértigo, de una gran sed de ternura.

Olga, que oyera todo esto con los ojos en el vacío y los labios apretados, suspiró:

—¡Ciertó!

Y se detuvo pensativa ante una casuca de

madera pintada como las embarcaciones, verde con zócalo rojo.

—¿Es aquí?

—Aquí, Ramiro.

En ese momento salían de la vivienda dos hombres. Saludaron al pasar y fueron a sentarse sobre un montón de viruta. Un bote en reparación servíales de respaldo y dábales sombra un pino de negro y raído ramaje.

Uno de ellos, a quien Olga érale sin duda familiar, se adelantó a decir:

—No tarda en salir José Dolores, señorita. En camino lo dejamos.

Era viejo, tenía barbas de crin, pescuezo descarnado con tendones como cuerdas y ojillos mortecinos y risueños. Vestía camisa de lana verde, faja carmesí y pantalones arremangados encima de las pantorrillas musculosas.

—¿Está borracho?

El otro pescador rió socarronamente y terció:

—Nosotros, señorita, comenzamos a tomar el sábado en la noche, seguimos la “monita” el domingo...

—Y el lunes.

—Bueno, también... El martes compones el cuerpo, y los otros cuatro días... a trabajar.

—Eso es—afirmó el viejo.

—Pero José Dolores...

—¿Qué? ¿Qué hay con José Dolores? Patroncita, buenas tardes.

El jardinero, carpintero y pescador había salido al umbral. Era un cuarentón de rostro enrojecido y lampiño, con el vientre abultado, blando, que le salía entero fuera de la pretina.

—¿Hasta cuándo te vamos a esperar en casa, José Dolores?

—Mire, mi señorita, cómo estoy de trabajo; mire, por vida suya, la chalupa que tengo que entregar mañana.

Ramiro se asomó a la puerta señalada por

el borrachón. En la negrura del interior se dibujaba entre maderos cepillados un bote. Al verlo, pensábase ante todo en cómo lo habrían metido en el sucucho; tan pequeña era la puerta. Pero Ramiro debía estar acostumbrado a ver tan inverosímiles cosas en todos los puertos, pues no le llamó eso la atención.

—Mamá quiere que vayas mañana. Hay que apuntalar la parra chica, como el otro año. Y los duraznos, si no cortas algo las flores, no van a madurar este verano.

—Les pasará como a este borracho, ¿no le parece, patroncita?... que toíta la vida me la he pasao en fiesta y ni una mujer me he conseguido pa la vejez. Flores, flores, no más...

—Vino, vino y nada más que vino, querrás decir.

—También... Pero ... ¡qué diablo! ...
...el agua... sólo la de la mar, que no se toma. La otra, la de río... ¡buena cosa!...
¿No ha leído «El Mercurio» de hoy?... ¡Ah!
Y ¿cuándo se lee que el vino inunde los

pueblos y arrastre con las casas de los pobres, como cosa del demonio?... ¡Ah! Eso digo yo.

José Dolores hablaba muy fuerte, con voz cocida en aguardiente y oxidada por las sales marinas. Arrastraba las sílabas acentuadas, como quien habla de una barca a otra en el mar ensordecedor.

Con descargas de carcajadas, sus compañeros puntuábanle las bromas.

—¡Pero hasta cuándo vas a beber, hombre! Mira cómo tienes la cara. Echa fuego.

El viejo de las barbas foscas y graves, el de los ojillos tristemente burlones, medió, mientras retorció una lienza entre sus dos pulgares:

—Cuando salimos de noche, en la de vela, ponemos a José Dolores a popa, y así no tenemos que prender la linterna colorá.

—Calla la boca, cara de cuento alemán.

Hasta Olga esta vez, a pesar de su ánimo contristado, rió de la ocurrencia.

—Bueno, demonio, bueno; anda entonces en cuanto puedas.

—Sí, patroncita. Apenas acabe el remiendo de la chalupa.

—Adiós. ¿Vamos, Ramiro?

—Podríamos alcanzar en la playa la puesta del sol.

—¿Corramos?

—¿Se atreve?

—Vamos. ¡Al trote!

Y emprendieron, cuesta abajo, menuda y taconeada carrera.

En la playa concluía el ocaso en excelsos estertores del color. El sol se hundía soberbio incendiando la majestad de las aguas, y como si el mar al fin lo venciese, lanzaba humaredas ensangrentadas, que ascendían bordando fantásticamente los festones de fuego, ámbar, turquesa y záfiro desvanecido del horizonte.

Como las pompas de humo de un incienso egregio, las nubes subían. subían, hasta desfallecer, alineándose mansas, bajo el te-

nue velo violeta del crepúsculo. Eran llamadas convertidas en rosas; era la altivez de un dios vencido que la muerte coronaba de flores.

La agonía augusta de aquel poema heroico se fué apoderando del alma de Ramiro, que miró a Olga: también ella, quieta, espiritualizada, los párpados muy abiertos y arqueadas las cejas en gesto doloroso, comulgaba en la majestad de la tarde.

—Quisiera despedirme de usted aquí, Olga, besarle la mano y huir, llevándome para siempre adonde me lleve la suerte, esta visión ideal en las retinas y esta música de misterio en el alma.

—Vendremos mañana.

—¿Y si me fuera hoy, sin esperar una despedida preparada, teatral, sin encanto?

—¿Sería usted capaz?

—No lo había pensado. Pero ¿y si una noche, al pasar el tren nocturno frente a su balcón, viera usted agitarse un pañuelo por una ventanilla?

—No lo creo. No lo espero. No lo quiero.

Callaron. Habíanse cogido de la mano, y sus brazos caían en amorosa languidez a lo largo de sus siluetas erectas y espiritualizadas. Ante sus ojos, muy cerca, la espuma tejía su blanca túnica de punto encima de la esmeralda líquida del agua; pequeñas olas rompían con estival pereza, más bien que azotando, acariciando la mullida ribera, con suave aleteo semejante al que harían largas tiras de encaje aplanadas por leve brisa contra el moaré de la arena; y hacia el puerto, adivinábase por su negro penacho de humo, un remolcador sacando del bosque de mástiles y calabrotes una goleta con el trapo al viento.

Flotaba en la calma de la tarde una sinfonía de augusta ternura y augusto dolor, agonía grandiosa de la luz y amoroso arrullo del silencio y la inmensidad, que con cadencias de verso y rima de besos las olas acompañaban.

Transcurrió un largo instante, al que Olga

dió fin retirando suavemente la mano que Ramiro había ido apretando en la suya, primero con blandura, palpando la piel tibia, luego con nerviosa insistencia, sintiendo el latir de las venas y el calor de la sangre adormida en el ensueño.

—¿Volvamos a casa?

—Volvamos.

Mudos, ebrias de luz las pupilas, embotados los cerebros, exacerbada la sensibilidad de sus corazones para todo lo sublime, impregnados en todo el ser por el perfume del mar y el perfume de sus almas, cruzaron el camino y subieron el barranco.

Media palabra de Olga, un sollozo, una mirada que revelase la noche con que la esquivéz ya demasiado manifiesta de Ramiro amortajaba sus ansias de ternura, y ya ese día él hubiese caído a sus plantas.

Pero el trayecto se hizo demasiado corto. Casi de repente se hallaron en el corredor, donde misia Matilde les aguardaba trémula.

En cuanto les tuvo al frente, la buena señora frunció el ceño, les miró de reojo, to-

sió... Luego, con gran trabajo, aplanándose contra el pecho el delantal, dijo:

—Se han demorado mucho... sí, mucho. Tú sabes, Olga, que esto... a mí... no me gusta... Eso es, no me gusta. ¿Qué habrá dicho el vecindario, al verte sola con un joven... y por esas calles? Además, en la playa... desde aquí los he visto... estaban ...sí... muy en confianza...

Tal vez porque tenía poca costumbre de reñir, misia Matilde no encontró, para sellar su severidad, otro camino que marcharse. Y se perdió en las habitaciones.

Ni Olga ni Ramiro se habían alterado. Atónita, ella seguía mirando el mar, ahora záfiro y plata; él, por la ventana del comedor, el viejo piano de estudio, vertical y llano, reflejando en negro los postreros resplandores de aquel inolvidable atardecer. Ambos parecían seguir viviendo en la playa, donde flotaban aún, como los últimos acordes de una trágica sonata, sus pocas palabras y el contenido turbión de sus sentimientos.

Al cabo de un rato, Ramiro se irguió resuelto.

—Olga— dijo— debo irme ya. Es muy tarde.

Ella no se movió. Con la vista baja, pestañeaba muy seguido. El crepúsculo afinábale más las facciones. Estaba lindísima. Por un momento, Ramiro pensó en la realización de... una barbaridad, tras la que vió en seguida una sacristía, un velo blanco,... y luego un calvario de necesidades, acaso la reapertura del almacén de abarrotes y, sobre todo, la juventud de una linda joven marchitada para siempre.

—Olga, si a su mamá el enojo no le dura todavía, quisiera estrecharle la mano. Tenga la bondad de llamarla.

—¡Ramiro...!

La emoción estranguló en la garganta de Olga lo que iba a decir. Y misia Matilde, afable y digna, apareció en el acto, cual si hubiera estado escuchando.

—¿El señor Concha nos quiere acompañar a comer? Hará penitencia.

— Imposible, señora, infinitas gracias. Tengo un compromiso con un amigo para esta noche.

— ¡Vaya! ¡Cuánto lo siento!

Aunque una sonrisa afable separaba sus labios, Ramiro tenía las pupilas empañadas al despedirse.

Bajó rápido la escalera.

Cuando se perdió bajo el vientre del barranco, Olga giró sobre sus talones y cayó desplomada en el sillón de mimbre.

— ¡Por ti, mamá, por ti! — hipó entre sollozos.

— ¡Qué!... ¡Ay! Ya no me quieres, hija, ya no me quieres.

— Tampoco tú a mí.

— No. Así... así no te quiero.

Por primera vez lloraban volviéndose la espalda... Por primera vez el dolor, lejos de unir las, entrañaba para ellas una de esas injusticias, uno de esos absurdos de la humana condición, que rechaza el corazón que más nos quiere cuando precisamente se ma-

nifiesta más digno de nuestro afecto, cuando precisamente más eficaz podría sernos su apoyo.

VI

Tranquilamente dejó Gastón Labarca el cubierto usado en el plato, junto al hueso de la chuleta, bebió un sorbo de vino y, luego de secarse los labios, dijo a Ramiro:

—De manera que si yo no lo hubiera invitado...

—Sí; de no tener este compromiso con usted, ahora estaría comiendo en el Barón y, tal vez, comprometiendo mi libertad.

—¿Y por qué no decirme cómo se llama ese prodigio de criatura?

Ramiro estaba más fatigado que melancólico. Hizo un gesto vago, dió un par de vueltas entre sus dedos a la tarjeta del *menu* y repuso:

—Hombre, qué sé yo. Es una puerilidad, pero... no deseo decirlo. Hay veces en que los hombres tenemos estos pudores infantiles y absurdos.

Las cejas del dibujante se arquearon con expresión resignada y transigente. Luego, sonriendo, terminó:

—Bien. Así, puede que yo la encuentre más tarde, me guste, la enamore... y no tenga, para amenguar mi acometividad conquistadora, el fantasma de un buenmozo pesando en el corazón del ídolo.

—¡Ja, ja!

—Muy bien.

—¿Están buenas las chuletas?

—Exquisitas.

—Una chuleta— ordenó Ramiro al mozo que a su lado esperaba.

Se hallaban en el comedor amplio, claro y brillante del Restaurant Cosmopolita, principal punto de reunión, en aquel tiempo, de la galantería porteña, salón de ambiente moderno, más oloroso al aserrín del piso que a las especias de la cocina.

La mesa en que frente a frente comían Ramiro y el pintor Labarca, topaba con el tabique de los cenadores íntimos, de donde salían risas femeninas, desvergonzados chistes, toda esa procacidad alegre que acusa, gracias al momentáneo imperio del instinto, coincidencia completa entre hombres y mujeres.

—Hoy ha estado usted muy romántico, entonces.

—¿Quién que és, no es romántico?— pregunta Darío.

—¡Ah!, continúa el romaticismo... ¿No? Nada como un estómago satisfecho para despejar el espíritu de toda influencia romántica, ¿verdad?

—Dejemos ese tono irónico. En el tren, como le contaba, venía frente a mí ayer

una inglesa joven con su hijo. Llevaba el regazo desbordante de juncos, violetas y jacintos, y así parecía desbordar también la tranquilidad saludable de su alma.

—Me la figuro: con un gran sombrero muy plano, el cuello delgado y largo y ese no sé qué de yegüita *pure sang* en las carnes finas y elásticas. A su lado, el niño, rubio como la pelusa del cáñamo, pernilargo, con sandalias, clavando las pupilas celestes y abismadas en las luces del vagón... No, no se interrumpa. Es que yo tengo un cuadro así, que se llama “La vuelta del picnic”... Es que la alegría estimulante del vino... Continúe. Ya estoy serio.

—Tendré paciencia.

El pintor sorbió más vino, pidió excusas, y Ramiro se resignó a proseguir:

—Mirándola, me puse a reflexionar; a mi chiquilla, tan bonita y bien educada, no le habrá de faltar un comerciante, sajón o anglo, *sportman* robusto y enérgico batallador por la fortuna, que le dé su nombre, lindos niños y el olvido de esta ilusión... naci-

da junto a un errante de muy bondadoso corazón y noble conducta, pero derrotado por los negocios, por ese enjambre de caprichos dóciles tan sólo con los cachazudos y unicordes...

—Es lo que yo he dicho siempre: para hacer dinero comercialmente hace falta algo de bruto, precisa tener un cincuenta por ciento de testarudez, un veinticinco de ignorancia, apenas la otra cuarta parte de avaricia, perspicacia y sentido práctico y ni un ápice de talento. No es justo, pero es así... ¡Por la re... coleta, hombre! Salud.

—No beba usted más, Labarca.

—Siga y no me haga caso. Yo no soy borracho, pero en las ocasiones... Siga. Y sacúdase de esa modorra melancólica.

Ramiro había callado, sonriente por fuerza.

—Adelante. Continúe, le digo. ¿Y? A usted no le parece honrado el aprovecharse del derecho que le da el amor sobre una niña inflamable, candorosa y bella, para nutrirle de ternura el alma, con detrimento de

su físico bienestar. ¡Claro! Sí, sí; le sobra razón. ¿He acertado?

—Justo. Pero hablemos en serio. No estoy para bromas: tengo los nervios rendidos.

—Cómase la chuleta. No hay como una chuleta jugosa para sanar neuróticos. Mozo: a mí, unos huevos a la *cocotte*. Esto creo que no se sirve al fin de la comida, pero yo lo apetezco. Tengo un hambre... ¡Por la re... *cocotte*!

Al pronunciar *cocotte*, el pintor miraba a su izquierda. En la mesa próxima comían dos con sus respectivos galanes. Una era rubia, químicamente rubia, menuda y brillante; daba de comer en su plato a un falderillo. La otra, morena, ojos garzos, bobos bajo los párpados pesados por la beodez,... boca encendida, de un rojo sangriento y húmedo de llaga; entreteníase clavando con su tenedor el brazo de su compañero, un moreno chistoso y gritón, de aguda nariz y

enormes ojos, que, atragantado, con los carrillos llenos de congrio en salsa y los labios grasientos, defendíase a codazos, mascullando: «Déjame... Cuidado, deja. Nada con la ropa.» La mujer le repetía: «Lindo, mi negro.» Y continuaba con los tirones y los sobajeos. Hasta que al fin él engulló su bocado, tomó resuello, se paró de su silla y, cogiendo el sifón del agua de *seltz*, le advirtió: «O me sueltas, o te ducho.»

—Está divertido eso—comentó Labarca. Mas como viera ensimismado a Ramiro, varió:

—Y usted ¿piensa volver mañana para despedirse de esa niña en la playa?

—Ganas me dan a ratos de no volver más. Aunque, si he de seguir mi norma, debo ir. Porque yo soy así. Para mí sólo tiene valor imperativo lo sucedido. Jamás vivo para algo, sino por algo. Los acontecimientos de mi vida me van dictando las determinaciones. Nunca me fijo un plan con el objeto de cosechar resultados previstos.

—Norma encantadora.

—Pero absurda, tal vez.

—¿Absurda? ¿Por qué?

—Porque no resulta bien que la experiencia le fatigue a uno en vez de vigorizarle el espíritu.

—¡Por la recoleta, hombre! ¡Cálculo, gravedad, prudencia, sensatez!...

—Virtudes, todas ellas.

—Pero virtudes odiosísimas, que hacen la vida monótona, sin los encantos de lo imprevisto.

—Así me he dicho yo hasta hoy. ¿A qué añadirle monotonía a la vida? ¿A qué ese afán de hacerse la existencia gris, apagada, sin fulgores ni contrastes, diluída en tedio?

—Eso. Yo amo mi bohemia por eso. Y mi bohemia pobre... ¡Mozo, champán!... La miseria tiene tantos encantos...

Ramiro sofocó la sonrisa, se pasó la mano por la frente, la dejó caer con fatiga sobre el mantel y suspiró.

—Con tal que el fruto íntegro de nuestra

filosofía no resulte como los encantos de la miseria, que sólo adquieren valor de tales cuando hemos dejado de ser pobres...

Y calló, largo rato. En tanto, Labarca buscaba las trufas en el caldillo de los huevos a la *cocotte*.

En la mesa vecina, la rubia mordía las orejas al falderillo, que aullaba de un modo estridente.

—Ya está la otra también borracha. ¡Por la re... *cocotte*, hombre!— exclamó el pintor.

Ramiro la observó. En efecto, ambas estaban ya ebrias. La morena preguntaba, como presa de una obsesión:

—¿Y la Anita? ¿Qué ha sido de la Anita?

—Debe llegar pronto con Crac— le respondieron.

—Ese Crac es un caricaturista de Santiago—explicó el pintor a Ramiro—un gordo muy simpático, que vuelve a la capital mañana... ¡Bravo, ya está aquí el champán! Brinda tú, Ramiro. Ya te tuteo, ¿eh? Algu-

na vez había de ser. ¿Brindo yo? Bueno.

—No seas cursi.

—Nada, un brindis. Querido Ramiro, nos queremos ya como amigos viejos. Tenemos muchos puntos de afinidad. La vida ha flajelado nuestros espíritus y, al curarnos las heridas con la sabia panacea de la tolerancia, nos ha hecho grandes. No somos escépticos, a pesar de esto...

—¿A pesar de ser grandes? Bien.

—Calla. Creemos en la virtualidad sentimental del amor, sabemos gozar y sufrir; tenemos una filosofía estética, amable, llena de gracia y de bondad. Bebamos, pues, porque nuestro afecto crezca y perdure, firme, inalterable, por los siglos de los siglos... Amén.

—¡Pobre Gastón! Estás muy borracho.

—No tanto, caramba. Peor están esas re...*cocottes*, hombre! Salud.

—¡Qué le vamos a hacer! Salud.

Sonriente, con cariñosa resignación, bebió Ramiro. Labarca hizo una libación ra-

biosamente alegre y se fué al lavatorio, colocado allá, junto al mostrador.

Se alejaba serpenteando torpe por entre la multitud de bustos que, cortada por la blanca llanura de las mesas y bajo la lluvia de luz de las pantallas plato, envolvíase bulliciosa y acalorada en una gasa de humo de cigarrillos y vaho de fuentes.

Viéndose solo, Ramiro quiso reflexionar. Pero apenas logró hacerlo de un modo impreciso, débil, saltando de un punto a otro, como si rendidos por las intensas conmociones de la tarde y por el alcohol de la mesa, cerebro y nervios se le fueran durmiendo... «Aquella norma podía conducirlo a la pasividad, lo que a él, pobre y juguete del corazón...» Experimentó en las entrañas una vaga contracción de angustia... «Esta filosofía se adueñaba cada día más de él, y no le sería provechosa, como no se lo había sido hasta entonces. Porque... porque...» Nada; no conseguía coordinar las pruebas en pro de sus razonamientos. Tenía el cerebro atónito. «¿Estaría también bo-

rracho? Maldito convite... No; pobre Gastón. ¡Qué buen sujeto! Allá estaba, cortejando a la patrona y pagando la cuenta.» La patrona era joven. Al menos, lo parecía desde allí. Y alhajada y coqueta. No se distinguía si era hermosa; únicamente se destacaba su silueta clara, ya sobre la botellería del estante, ya sobre un espejo, bajo el reloj anuncio de un whisky, ya junto a su pupitre, canjeando fichas a los camareros... Y danzaban en la mente de Ramiro, en un tono borroso, inquieto, de pesadilla, esta visión, las evocaciones del «chalet de juguete» y las preguntas al mañana... «¿Qué habrían quedado hablando en el corredor, madre e hija, mientras él, hundido en el sofá del vagón, deducía el saludable vivir de la inglesa? Y el volver a despedirse acaso implicara un desfallecimiento y una declaración... Pero él quería volver. Y si sucumbía frente a aquel amor... ¡Ah! ¡Maldito faldero! Siempre chillando allí. Y qué bestia, la morena: dale con preguntar por la tal Anita. Pero qué dientes más lindos encuadraba su

sonrisa vermellón... ¡Pobre Olga! No, imposible, imposible aquello de irse sin una despedida correcta siquiera. Y si vencía su amor, su dulce, su suave, su trémulo e inocente amor... ¡pues que venciese!...»

—¿En qué piensas, con esa cara de juez del crimen?

—¿Ya te cansaste de hacer el amor a la patrona?

—¿En qué piensas, tan cabizbajo?, te pregunto.

—En nada... En ese pobre animal, que ya debe tener flecos en las orejas.

El faldero aullaba desesperado.

De nuevo en su asiento, Gastón explicó, mientras pelaba una naranja:

—Eso es amor, amor de madre, fruición de ternura. Porque estas mujeres, como las solteronas, crían perros a falta de hijos. Así abren a sus instintos maternos una válvula y...

—Calla, calla. No te pongas cursi otra vez, haciendo ahora psicología perogrullesca.

—¡Ja, ja! Tienes razón. Pero déjame hablar.

—Habla.

—Bebe y contéstame. ¿Crees tú que no sueñan estas infelices con una vida plácida y saludable, con un ideal tierno y honesto? En Chile no es todavía el vicio una cosa industrializada y fea; tenemos aún pasión sana y primitiva en el corazón de la ramera...

Aquí se cortó de repente la disertación de Labarca. Con los ojos desorbitados de asombro, dijo:

—¡Mira! ¡Caramba! ¡Esto era lo que faltaba! ¡Por la re...! Mira quién viene ahí con Crac. Ese gordo vestido de azul, allá, delante del pilar, ese es Crac.

Tuvo que decir esto en voz muy recia; pues en la mesa vecina estallaban en aclamaciones: «¡Anita!... ¡Viva la Anita!... ¡Viva Crac!... Aquí, por aquí, aquí estamos. ¡Vivan!»

Ramiro había palidecido súbitamente.

Siempre de negro, con su manojo de violetas en el manguito, el andar blando y casto el mirar, la «anónima», la del rostro pálido en forma de almendra, la que tenía «más de mujer que de hembra» y preludiaba con él todas las mañanas en la calle de Esmeralda un idilio callejero y honesto, avanzaba como una burla entre la multitud glotona y satírica.

Y aun no había tenido tiempo Ramiro de reponerse, cuando Gastón comenzó a llamar, mientras las dos mujeres apretujaban entre sus brazos a... la Anita:

—Crac, ¡Eh, Crac!

—¡Oh, Labarca; tú por aquí!—exclamó acercándose el gordo.

—Crac, te presento a mi amigo Ramiro Concha.

Ramiro no supo cómo había respondido a la frase cortés que Crac acompañó a su apretón de manos. Acaba de ver frente a él, lívida, llena de trastorno y como a punto de soltar el llanto, a su «anónima».

Y cuando pudo mirar de nuevo, vió que ella huía, veloz, desatentada, tambaleante, grotescamente trágica, por donde llegara.

También Crac y Gastón, de pie, mudos de sorpresa, la miraban huir. Gritábanle las amigas: «¡Anita, Anita!»... Pero ella seguía, esquivando las mesas, los pilares, los escaparates llenos de viandas, huyendo. Ya cerca de la puerta, intentó correr. Entonces resbaló, alzó los brazos y cayó sentada sobre el *parquet*.

Un coro de risotadas atronó la sala, y más alto que ellas, furioso, se oyó un grito del pintor.

—¡Bestias!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Animales!—tornó a gritar Labarca.

—¿Estás loco, Gastón? Calma.

—¿Qué pasa, qué es esto?

—Yo te contaré, Crac...

Y en tanto Gastón justificaba ante Crac su indignación por aquella mofa cruel de la

casualidad para con una pobre soñadora, que acaso había sido lo suficientemente loca para abrigar la ilusión de parecer pura y cautivar honestamente a un hombre, Ramiro, inmóvil y muy pálido, vió levantarse a la humillada fugitiva, levantarse con las ropas llenas de aserrín, el sombrero ladeado, grotesca, escarnecida, trágica, y desaparecer tras los cristales grabados de la mampara. Luego distinguió que de todas las mesas, como por esa adivinación misteriosa de las multitudes en casos semejantes, empinábanse cabezas curiosas hacia él.

Sintió una congoja de piedad infinita, un desgarramiento que le tuvo a punto de perder toda su escéptica serenidad; pero halló fuerzas para esperar a que Labarca terminase su explicación y decir tranquilo a Crac:

—Yo lamento ser el causante, aunque sin culpa, de...

—¡Oh! Esto sólo tiene importancia para la infeliz mujer. ¡Pobre Anita! Es romántica, es buena...

—¡Por la re... coleta, hombre! Yo, a todos estos brutos que se han reído...

—¡Chit! No te pongas así, Labarca.

—Está muy borracho. Sírvasse usted champán.

El caricaturista se acercó la copa que le ofrecía Ramiro y observó risueño y fino a Labarca:

—Si lo trágico no tuviera en la vida comicidades como la caída de la Anita, ¿crees tú que la caricatura sería un arte de tanta importancia como el tuyo?

Habíanse sentado otra vez. Crac era inteligente, afable, oportuno, y supo hacerse simpático a Ramiro. Poco después, retornando la invitación del *champagne*, decíale tranquilamente:

—Yo lo siento sólo porque me había propuesto dormir esta noche en Valparaíso. Todo se reduce a que me marche a Santiago hoy mismo, en el nocturno.

—¿A qué hora sale el nocturno?— pre-

guntó Ramiro como en un ímpetu de decisión.

—A las once.

—Nos queda casi una hora. Lo necesario para correr al hotel y cerrar las maletas.

—¡Cómo! ¿Tú piensas irte también?

—En realidad, nada tengo ya que hacer aquí, Gastón.

—Pero, Ramiro... Y al Barón ¿no vuelves?

—No; es mejor que no.

—¡Por la recoleta, hombre! No creí que te hiciera esto tanta mella.

Al poco rato, en la avenida, esperaban los tres un tranvía. A la orilla de la acera, lo veían acercarse repiqueteando, trepidante, sobre la vía que brillaba en el cono luminoso del foco.

Cerca, en las claridades de los teatros, hormigueaba la gente. Los cerros, chispeados de luces, parecían haber recibido constelaciones desprendidas del cielo; y en el fondo fangoso de un charco, hundida, otra estrella se reflejaba.

Contemplábala Gastón y, en su ardor imaginativo, acaso establecía una comparación...

VII

A solas con la solemnidad de la noche, como una niña pecadora y contrita, Olga llora en silencio, acodada en el barandal. Capitales son para el mundo sus pecados: son el amor y el candor. Y el barandal, como el reclinatorio de un confesonario, recibe impasible, grave, las lágrimas calientes y espesas.

No se ha encendido la farola en el corredor del *chalet*. El cielo está fosco y cerrado,

negro el mar, quieto el jardín. Abajo, duerme la fundición, y exhala humos leves que desmenuza el viento. Martiriza como la evocación de una condena infernal, la cabalgata de las olas: galopan roncás, sombrías, recordando manadas de lobos en un campo negro. La atmósfera húmeda huele a lágrimas. Lejana, una guitarra zumba y semeja un moscardón. Y Olga llora, llora en la solemnidad, triste, contrita de sus pecados capitales: el amor y el candor.

El tiempo pesa, eternizándose. Es tiempo de ansiedad y de tormento.

Trajina doña Matilde, afanosa, en el dormitorio de la niña. Las sombras de sus brazos se agigantan, van y vienen sobre la pared.

De la fundición sale una linterna verde, vaga entre algunas lanchas varadas, se detiene, vuelve a dibujar en la sombra y al fin queda cerca de la línea férrea. Un rancho hay cerca, en la falda del barranco; llora luz amarilla su puerta; gente platica fuera del

rancho, gime el acordeón y una voz marinera canta:

¡Mi barco, la mar!
No quiero olvidar...

Es muy triste padecer
pasión mal correspondida.
Pero es peor aún la vida
cuando no hay a quien querer.

¡Mi barco, la mar!
No quiero olvidar...

Y sigue.

De improviso, surge por la curva una locomotora, y avanza lenta, retrocede, se cue-la en el desvío. Por momentos, su jadear apaga la voz marinera. Ráfagas de viento bochornoso suben olor de hierro caldeado hasta el corredor: son calientes, estremecen

las plantas del jardín: mal tiempo auguran.

Y acodada en el barandal, Olga llora. Su brazo afinado en la sombra, sube hasta los ojos el copo de un pañuelo. En la negrura triste, Olga es una triste claridad.

Pesa el tiempo. Como una fiera encadenada que forcejease, la locomotora resuella; juegan en su trasera resplandores de fragua, iluminan al fogonero que arrastra sobre hierro paladas de carbón; y tiembla la llama de un candil en el dorso negro del monstruo... Calla la música en el rancho; zumba la guitarra, lejos, semejante a un moscardón; ronca el mar.

De repente, ahoga la máquina un grito en la atmósfera densa; distante, otro grito responde; el viento trae los jadeos de un tren, que martillean la atmósfera cada vez más cerca, más cerca... Hasta que los cerros encajonan un estruendo muy próximo y, con estrépito de hierros, trepidante, veloz, el tren pasa empenachado de humo rojizo y constelado de chispas.

—¡El nocturno!—gritan los del rancho.

Entonces Olga no llora; se yergue... Ingrávida, su silueta blanca es en la sombra una palpitación, es una paloma extraviada temblando sobre un ciprés. Luego, descuelga el cuerpo: al flanco del tren ha flameado un pañuelo.

Ya se pierde cerca del balneario la linterna roja que finaliza el convoy, cuando el acordeón resopla dos acordes y, burlona, la voz marinera gangosea:

Atienda mi vecinita,
cogollito de clavel:
el amor es dulce amigo,
pero cuidado con él.

Brutales carcajadas puntúan la copla. Instantes después, suena un portazo en el corredor del *chalet*, como una detonación, y tras los cuadriláteros iluminados de todas sus ventanas, una sombra blanca huye seguida de otra oscura.

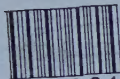
Afuera, el viento arrecia y arrastra todos los rumores en un lamento.

FIN

INDICE

	Pág.
PÁGINAS DE UN POBRE DIABLO	11
LA ANTIPATÍA	91
COMO HERMANAS	123
CANCIÓN	139





a39001



008187828b

147690

863.67

B27pa

1923

